

**BOLETIN DE LA
ACADEMIA PERUANA
DE LA LENGUA**

13

LIMA, 1978

Academia Peruana de la Lengua
(Instituto Nacional de Cultura) — Ancash, 390
Administración del Boletín: Ancash, 769
Lima 1 — Perú.

BOLETIN DE LA
ACADEMIA PERUANA DE LA LENGUA

Nueva época

Lima, 1978

Número 13

ACADEMIA PERUANA DE LA LENGUA

DIRECTOR: Aurelio Miró Quesada S.

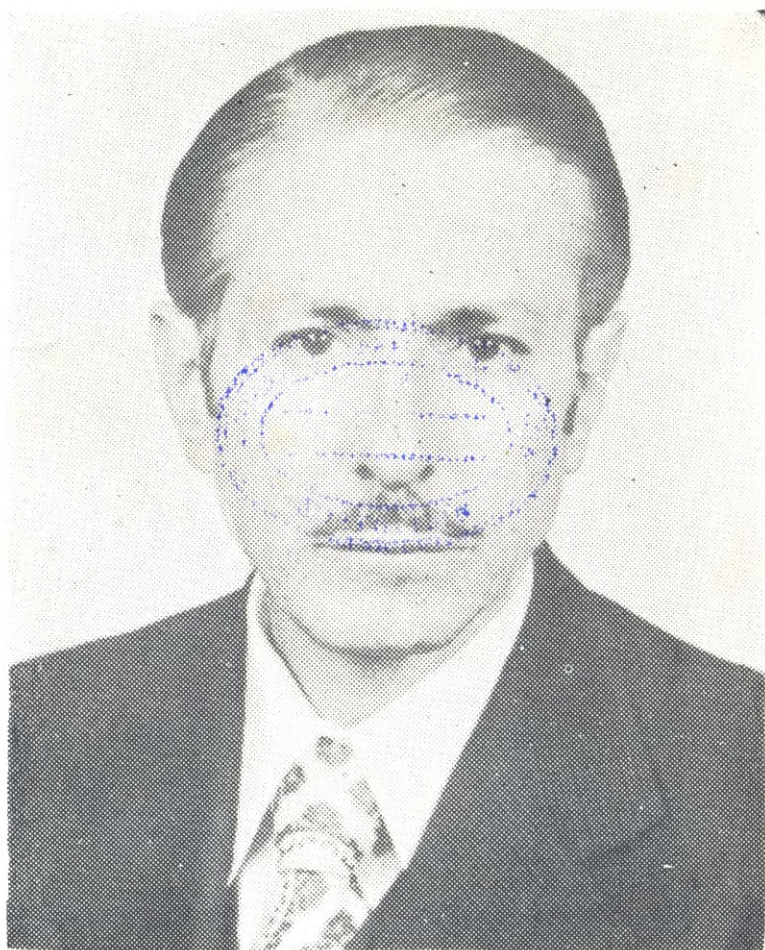
CENSOR: Oscar Miró Quesada

SECRETARIO: José Jiménez Borja

BIBLIOTECARIO: Estuardo Núñez

Académicos de Número

Oscar Miró Quesada	(1917)
José Jiménez Borja	(1941)
Jorge Basadre	(1941)
Guillermo Hoyos Osoreo	(1941)
Aurelio Miró Quesada S.	(1947)
José Luis Bustamante y Rivero	(1956)
Rafael de la Fuente Benavides	(1956)
Héctor Velarde	(1961)
Alberto Wagner de Reyna	(1961)
Luis Jaime Cisneros	(1965)
Estuardo Núñez	(1965)
Augusto Tamayo Vargas	(1965)
Guillermo Lohmann Villena	(1971)
Francisco Miro Quesada	(1971)
Martha Hildebrandt	(1971)
Juan Ríos Rey	(1971)
Alberto Escobar	(1975)
Mario Vargas Llosa	(1975)
Javier Sologuren	(1975)
Fernando Romero	(1976)
José Tola Pasquel	(1976)



Sr. Pedro M. Benvenuto M.

NOSTALGIA DE PEDRO MANUEL BENVENUTTO
MURRIETA
(1913 - 1978)

Por José Jiménez Borja

(Artículo publicado por el Secretario de la Academia Peruana de la Lengua, don José Jiménez Borja, al cumplirse el primer mes de la inesperada desaparición del Académico don Pedro M. Benvenuto Murrieta, acaecida el 1º de julio de 1978).

Nos dejó hace un mes el gran espíritu, el gran señor Pedro Manuel Benvenuto Murrieta. Tres atributos que confluían a cifrar su personalidad. En su espíritu, como él lo dijo de don Felipe Pardo y Aliaga, su lejano maestro, en acucioso ensayo de 1968, brillaban la tradición, la cultura y la fe. La tradición entendida como la búsqueda constante de la identidad de un pueblo, acometida por imperialismos no siempre detectados, sin ser hostil a los cambios racionales; la cultura como un equilibrio entre sabiduría y expresión, entre sensibilidad y belleza, lejos de la oscura anarquía; y la fe como el camino sobrenatural de la salvación, con el complemento de las obras, incluida la justicia social, pero no al revés, partiendo de ésta para llegar a Dios como epifenómeno, tal como lo propone cierta

teología de la liberación. Creía con los salmos que “el vengador de la sangre/ se ha acordado de los pobres”; pero también que “cuando abre su mano se beneficia todo ser viviente”, sin nuevos alienados, los que algo poseen. Alma profunda, amaba los símbolos como poderosas concentraciones de ideas, y por eso lo entristecía la declinación, casi final, de la liturgia.

Nacido el 13 de mayo de 1913, en Lima, recibió de su hogar y especialmente de su madre, mujer inteligente y fina, doña Hercilia Murrieta y Elizondo, armoniosa formación y amor al pasado evanescente. Ella le dio la primera noticia de una ciudad crepuscular que se perdía y de otra antecedente, ya sepultada en el tiempo. Surgió así su curiosidad por unir en un diorama el cuadro de ambas para lo cual puso en actividad su oído y su ojo recolectores, buscando información en los archivos y relatos de los ancianos así como en los testimonios todavía en pie de monumentos, vestigios y rincones. Alcanzó todavía a moverse en una urbe pequeña, coherente, depositaria, en que no había magnificencias ni miserias, y en que las diferentes clases se aproximaban con las mismas devociones, lenguaje y fantasía. En este ambiente, prolongado en la atmósfera francesa del Colegio de los Sagrados Corazones, yendo y viniendo entre gentes decidoras y casas llenas de murmullos y añoranzas, se desarrolló su vocación memorialista. El memorialista describe lo que ve como persistencia del pasado y reconstruye lo que ya no existe, infundiéndole animación, color y poesía, completando la perspectiva que rodeó a los seres desaparecidos, de quienes se ocupa la historia sin preocuparse generalmente de este entorno. Don Ramón de Mesonero Romanos, autoridad suma del género ante las modernas “suntuosidades” que se superpusieron al viejo Madrid de principios del diecinueve, cree indispensable el mensaje al futuro de lo que llama “mágicos recuerdos”, para que se pueda comprender la at-

mósfera en que discurrieron tanto personajes ilustres como anónimas turbas. Esto es lo que hizo Benvenuto Murrieta con Lima de fines del siglo pasado y primeras décadas del presente, a los diecinueve años, en la sorprendente prematuridad de su ingenio. El vio el Hospicio Manrique de la Placita de la Recoleta y habló con sus añejas moradoras, pero no vio a don Francisco García Calderón ni su elección como Presidente de la República el 22 de febrero de 1881 en su casa, contigua a dicha placita, y, sin embargo, está expresa la acuarela contemporánea salpicante de bullicio, miniaturas y matices. *Quince Plazuelas, una alameda y un callejón*, publicado en 1932, con prólogo de Jorge Guillermo Leguía, es el precioso continente de todo aquello y un libro ya clásico en nuestra literatura. Leguía lo saluda como continuador de nuestros tradicionistas e indica la admiración intelectual que desde 1929 tenía por el adolescente de dieciséis años, alumno de Quinto Año de Media, que colaboraba en el "Boletín Bolivariano" de su dirección, y a quien él, sin conocerlo personalmente, suponía un erudito de madura edad. A esta erudición de documentos y consejas, de ciencia y populismo, unió desde el principio el dominio de una redacción señera, precisa y generosa, con tendencia a la oración amplia pero sin solemnidad ciceroniana, matizada con travesura confidente, de sabor criollista: solidez y levedad al mismo tiempo por el broche secreto del arte. Un lirismo puro encierra el opúsculo *Aguinaldo Limeño* (1956) que recoge cinco relatos para niños, como si fuesen grabaciones del habla encantadora e ingenua de nuestro pueblo, revelando su riqueza imaginativa y su tesoro mítico.

Por lo que escuchaba del coloquio vernáculo, pasó Benvenuto a la lingüística severamente técnica en la que ha dejado un volumen de inexcusable consulta, *El Lenguaje Peruano* (1936), como sucedió en Alemania el siglo pasado con otro gran recogedor de la leyenda infantil, Jacobo Luis

Grimm. Ese libro es un tratado amplio, con los fundamentos científicos de que disponía entonces, que ha merecido el aprecio crítico de autoridades españolas y americanas y que es el primer planteamiento de un ensayo descriptivo de nuestro castellano. Allí reanuda, después de más de medio siglo, los trabajos sobre el mismo campo que iniciara *Juan de Arona*. Esta especialidad lo elevó muy pronto a la docencia universitaria, primero en su *Alma Mater*, la Universidad Católica del Perú y luego en la Universidad de San Marcos para culminarla en el Rectorado de la Universidad del Pacífico, donde acababa de cumplir, poco antes de su muerte, brillante acción renovadora. Tenía planes más vastos para sus estudios de lenguaje, pero contrariamente a lo que puede suponerse y como ya se ha observado, la carrera universitaria en nuestro medio con sus limitaciones para la investigación, con el peso de su rutina pedagógica y con su turbulencia intermitente, no favorece, ni favoreció en este caso, las vetas de una rica capacidad creadora.

Siendo su entierro humilde por propia disposición, de acuerdo al ascetismo con que pasó y concluyó su existencia, una multitud silenciosa de grandes señores, de ancianas que recibieron el beso de su caridad y de modestas personas, de toda condición étnica y social, lo despidió con profunda emoción en el Cementerio del Ángel. Parecía que la entera ciudad que él redescubrió como plata martillada, vieja y gentil, le daba el último saludo. La misma ciudad que don Ramón del Valle-Inclán, por todo calificativo, llamó "Lima la lueña".

INCORPORACION DEL ACADEMICO DON
JOSE TOLA PASQUEL
(Sesión pública del 21 de abril de 1978)

LA MATEMATICA: LENGUAJE, ESTETICA Y
SIGNIFICACION

Discurso de don José Tola Pasquel

Permítanme, señores Académicos, que sean mis primeras palabras de reconocimiento por haberme otorgado el honor de admitirme en su compañía y de participar en sus trabajos. Saben ustedes bien que no han sido mis habituales actividades las más propicias para el cultivo de nuestra lengua en aquello para lo que, sin duda, está mejor acomodada y en que luce más su genio y su riqueza. No puede, por consiguiente, justificarse mi presencia aquí, como ocurre con todos ustedes, porque haya demostrado en forma evidente tener merecimiento para pertenecer a esta Academia. No obstante, he calmado prontamente mis escrúpulos al hallar una razón suficiente para mi designación en vuestra reconocida sabiduría, que ha debido hallar motivos satisfactorios donde yo no he podido descubrirlos. Creo además, que mi caso no es del todo insólito, y que puede compararse, por lo menos en ciertos aspectos, con el de Losada y Puga, quien fue miembro de esta Academia y cuyo recuerdo me es grato rememorar en esta ocasión.

También fue la de él, sobre todo, una formación científica y técnica, Ingeniero y matemático, consagró gran parte de su vida a la enseñanza. Pero fue, además, un maestro en el justo sentido de la palabra: cuidadoso y pulido en la expresión, minucioso y claro en las explicaciones. Magnífica manifestación de su vocación docente ha sido, entre otras, su obra en tres volúmenes "Curso de Análisis Matemático", que no tuvo precedentes en nuestro medio y que aún hoy puede consultarse con provecho. Empleó su pluma, asimismo, con pulcritud y brillo, no sólo en otros libros que aportaron tanto a nuestra cultura, sino en muchos escritos en que expresó y defendió ideas sensatas en materia educativa. Como Decano de la Facultad de Ingeniería de la Universidad Católica, Ministro de Educación y Director de la Biblioteca Nacional, su competencia de educador y de organizador, unida a su cultura poco común, contribuyó de manera decisiva al renacimiento de los estudios técnicos y científicos de los años 30 y 40. Es justo, por eso, que al traer a la memoria de ustedes el recuerdo de quien fuera destacado maestro universitario, distinguido ingeniero e ilustre miembro de esta Academia, rinda un homenaje de admiración a su obra y de reconocimiento a sus enseñanzas.

Cuando, con su habitual cortesía, nuestro Director, el Dr. Aurelio Miró Quesada, me invitó a dirigirles la palabra el día de hoy, le expresé mis dudas de que fuera ésta la fecha más oportuna para hacerlo, pues mi discurso no podría versar sobre el idioma y las letras como pensaba yo que era de rigor en esta ocasión. Me respondió, con persuasivas razones, que no consideraba inapropiado que eligiera un tema cercano a mis inquietudes de siempre. Me propuse entonces, con ese permiso, hacerlo así; pero fijando límites severos a mi disertación. No debería, por una parte, fatigar con áridas disquisiciones técnicas a quienes deseo expresar mi agradecimiento; y por otra parte, debería evitar que, en

ese afán, cayera en excesiva banalidad. Es así como, sin alejarme demasiado del dominio que me es menos desconocido, he decidido tratar cuestiones que confío encontrarán ustedes de algún interés. Se referirá mi discurso a la Matemática, considerada como un fenómeno cultural *sui generis* y, especialmente, a su lenguaje, a su estética y a su significación. Las dudas que me asaltaron acerca de la elección del tema, que fueron en gran parte desvanecidas por las palabras de nuestro Director, desaparecieron, por último, al recordar el concepto en que tuvo a las matemáticas el propio don Miguel de Cervantes, quien no las olvidó cuando las puso en boca de Don Quijote, en la memorable ocasión en que enumeró los variados conocimientos que son esenciales para los caballeros andantes, con palabras que a continuación anoto como epígrafe de esta disertación acerca de:

LA MATEMATICA: LENGUAJE, ESTETICA Y SIGNIFICACION.

(El caballero andante) ha de saber las matemáticas porque a cada paso se le ofrecerá tener necesidad de ellas.

(Quijote, II, cap. XVIII).

Las ciencias, la Matemática en particular, si es que, como quieren muchos, debe incluirse entre ellas, emplean el lenguaje como su instrumento supremo. Y al decir lenguaje me refiero al lenguaje ordinario. Y debo dejar esto bien puesto en claro, porque al lado del lenguaje ordinario, que es el que se usa, casi sin excepción, en las exposiciones matemáticas, existe un lenguaje especial, estrictamente lógico, constituido por un pequeño número de "palabras" invariables que se enlazan entre sí con arreglo a una sintaxis compuesta de un corto número de reglas explícitas inviolables. Este lenguaje especial, o lenguaje lógico, conduce

a los llamados textos formalizados. En realidad, los matemáticos muy rara vez hacen uso de él en sus investigaciones y en la exposición de sus trabajos. Se contentan con hacer uso del lenguaje ordinario, introduciendo, ocasionalmente, denominaciones convencionales, muchas veces simbólicas, para designar nuevos objetos; y llevan el detalle de sus razonamientos sólo hasta el punto en que su experiencia y su sensibilidad matemática, su *flair* de matemáticos, como ha dichos Bourbaki, les enseña que la traducción al lenguaje lógico no sería ya sino un ejercicio de paciencia, si bien, ciertamente, extraordinariamente penoso y largo. La idea de que el lenguaje lógico constituye solamente un recurso extremo, pero de ninguna manera un instrumento del trabajo creativo, ha sido expresada por el gran matemático contemporáneo André Weil: "Hemos aprendido —dice Weil— a hacer remontar toda nuestra ciencia a una única fuente, compuesta solamente de algunos signos y de algunas reglas para su empleo; es un reducto, sin duda inexpugnable, en el que no podríamos encerrarnos sin riesgo de padecer escasez, pero en el que siempre nos será posible replegarnos en caso de incertidumbre o de peligro externo"¹.

Podemos decir, por consiguiente, que el lenguaje, en el sentido ordinario, hace posible a la ciencia e influye en ella de manera decisiva. La ciencia no puede ir más allá de aquello que puede expresarse mediante el lenguaje. Acerca de la importancia que, en el caso particular de las matemáticas, tiene la apropiada elección del lenguaje, ha dicho Henri Poincaré: "Cuando el lenguaje ha sido bien escogido, es sorprendente contemplar cómo todas las demostraciones hechas para un objeto conocido se aplican inmediatamente a muchos objetos nuevos; no hay nada que cambiar, ni si-

¹ André Weil, *L'Avenir des mathématiques*. (Les grands courants de la pensée mathématique, Cahiers du Sud (1958), pág. 309).

quiera las palabras porque los nombres vienen a ser los mismos" ².

Y ha dicho Lagrange, que un matemático no alcanza a comprender totalmente su propia obra en tanto no sea capaz de exponerla en forma tan clara que pueda ser entendida fácilmente por el primer hombre que encuentre en la calle. Se trata, sin duda, de una afirmación que debe aceptarse con reservas; pero que, debido a quien la hizo, no puede ser dejada de lado sin más. Según esto, toda obra matemática puede ser expresada mediante el lenguaje corriente en forma perfectamente inteligible. Basta, sin embargo, examinar cualquier revista matemática especializada para reconocer hasta qué punto es necesario tomar esta aseveración con unos granos de sal.

Sin pretender profundizar más en las ideas expuestas, podemos concluir que el lenguaje influye de alguna manera esencial en las ciencias. No necesariamente debe deducirse de aquí que lenguas diferentes deban influir de distinta manera; aunque cabe presumirlo en el caso de lenguas que son totalmente disímiles. Es este un tema abierto a la investigación. Podemos observar, eso sí, que, en muchos casos, unas lenguas toman prestadas de otras palabras y aun giros de lenguaje que son más apropiados para expresar ciertos conceptos o ideas científicos.

Inversamente ¿Podría decirse también que la ciencia influye en alguna forma en la evolución del lenguaje? Es un lugar común que la ciencia y la tecnología caracterizan en gran parte a la cultura de nuestro tiempo. Si fuera cierto que en cada época el lenguaje es influido por las tendencias culturales contemporáneas, lo cual parece fuera de toda duda, no cabría negar que la ciencia y la técnica están influyendo actualmente en la evolución de las lenguas, particularmente de aquellas que están más sometidas a esa in-

2 H. Poincaré, *Science et Méthode*, Flammarion, pág. 31.

fluencia. Parece evidente, en efecto, que en el uso de hoy existen muchas palabras y formas de expresión que transparentan ideas y actitudes intelectuales derivadas directamente de esos factores culturales predominantes. No escapa el lenguaje, en cierta medida, a la influencia, de las matemáticas; las cuales, cada vez más, se hacen presentes en dominios extensos del conocimiento, que antes estuvieron alejados de ellas. De aquí que voces y expresiones de uso en las matemáticas o en ciencias afines, tiendan a emplearse en el lenguaje corriente; muchas veces, solamente de manera figurada y no con el sentido técnico preciso que se les atribuye con propósitos científicos.

Una razón poderosa para que la ciencia y la técnica influyan, no solamente en los más diversos aspectos de nuestra vida diaria, sino también en el lenguaje que empleamos, puede hallarse en la enorme cantidad y variedad de publicaciones dedicadas a temas científicos y técnicos, o que, de una o otra manera, se ocupan de tales temas. La producción científica escrita es hoy gigantesca. Para referirme solamente a la matemática (y seguramente ésta, con ser muy grande, no es la más abundante), basta citar el caso de la revista matemática de mayor circulación en el mundo, *Mathematical Reviews*, que es una publicación bibliográfica de la Sociedad Matemática Americana. Publica esa revista, cada mes, un grueso fascículo que contiene breves reseñas de los trabajos de investigación matemática de interés que se publican en las revistas especializadas de todo el mundo, y de los libros sobre las mismas materias. Cada fascículo está dividido en un gran número de secciones, correspondientes a otros tantos dominios. Irving Kaplansky ha predicho³ que el volumen de esa revista correspondiente al año 1984 contendrá 600 páginas dedicadas a reseñar

3 *New Directions in Mathematics* (editado por Robert W. Ritchie), Prentice-Hall, 1961, pág. 104.

los trabajos dedicados al álgebra; es decir más del doble del número de páginas de cada uno de los volúmenes que se publicaron en la década del 40. Observemos de paso hasta qué punto debe estar alejada esa álgebra de la que recuerdan quienes la conocieron únicamente en su época escolar. Puede deducirse de allí la enormidad de la producción matemática, del número de matemáticos investigadores y la influencia creciente que tiene la labor que realizan. No es tampoco sorprendente que haya matemáticos sensatos que están advirtiendo incansablemente acerca de la necesidad de detener esa manera creciente y de limitar a lo estrictamente indispensable las publicaciones relativas a nuevos hallazgos, evitando, en lo posible, todo lo superfluo.

Los temas sobre ciencia y técnica cobran cada vez más importancia y alcanzan a un público cada vez mayor. No puede dudarse, por eso, de que es absolutamente necesario evitar que, por esa vía, el lenguaje se corrompa o se empobrezca. Aparece así evidente una urgencia imperiosa de la educación de nuestra época que demanda que, paralelamente a la formación científica, sea incrementada y mejorada la formación humanística y, en particular, el estudio de la lengua en todos los niveles de la educación sin excepciones. Esa tarea ha sido ya emprendida entre nosotros y es de esperarse que siga intensificándose y perfeccionándose para atenuar los riesgos que he mencionado. Considero que tal cosa es posible, por cuanto pienso que no existe incompatibilidad entre la formación científica y la cultura humanística. Creo, por el contrario, que no es imposible que puedan ser ambas integradas. A este respecto es oportuno mencionar que la propiedad del lenguaje y el amor a la belleza de expresión son corrientes en los grandes científicos. No es necesario para ello que nos remontemos a los de las épocas clásicas. A los hombres de ciencia de tiempos recientes debemos hermosas páginas en que, al lado del más profundo pensamiento científico y filosófico, resplandecen

la belleza del estilo y la diafanidad de la expresión. Y es que no debe desconocerse que no limitaron su interés exclusivamente a los dominios de su especialidad, como se suele creer. Esta creencia es frecuente en lo que respecta a los matemáticos, a quienes el prejuicio vulgar atribuye la fama de estar siempre sumergidos en sus especulaciones, incapaces de comunicarse con el resto del mundo y enteramente ajenos a la realidad. No es, en general, sino una leyenda. La verdad es, casi siempre, muy diferente; pero no intentaré probar ahora esta afirmación. Se ha dicho de ellos cosas no siempre ciertas pero, algunas veces, de manera aguda e ingeniosa que ha contribuído a arraigar la leyenda. Así, para recordar únicamente un ejemplo célebre, el implacable satírico Jonathan Swift les ha dedicado unas páginas que traigo con gusto al recuerdo de ustedes, porque su crítica influyó en su tiempo y quizás influye aún en nuestra época. Se trata de una sátira acerca de los matemáticos y de los músicos y, ciertamente, no fue intención de Swift incluirlos a todos sin excepción, si se recuerda que Newton y Händel fueron contemporáneos que no podía incluir en su comentario. Cuenta⁴ acerca de una isla habitada por hombres cuyas ocupaciones principales son la matemática y la música. "Parece, dice Swift, que las mentes de estas gentes están tan absorbidas por intensas especulaciones que no pueden hablar ni escuchar los discursos de los demás sin ser despertados por algún contacto externo de los órganos de la palabra y del oído. Por esta razón, quienes pueden procurárselo, mantienen siempre a su servicio, entre los domésticos de su familia, a un criado alertador; y no salen ni hacen visitas sin su compañía". El alertador lleva en la mano una varilla que en su extremo sostiene una vejiga llena de piedrecillas. "La obligación de ese criado, cuando dos o más personas están reunidas, es tocar suavemente

4 *J. Swift, Gulliver's Travels. 3a. parte, cap. II.*

con la vejiga la boca de quien debe hablar y la oreja derecha de aquel o aquellos a quienes se dirige el que habla. El alertador es empleado también activamente en acompañar a su amo en sus paseos, por cuanto es necesario darle un leve golpe en los ojos, ya que está siempre tan sumido en la meditación que se halla en peligro manifiesto de caer en cada precipicio y de golpearse la cabeza en cada poste; y en las calles, de tropezar con los demás o de caer en cada arroyo". Todas las actividades de estas gentes están dominadas por las matemáticas y la música. Sus ideas, sin excepción, aun las alabanzas de la belleza de una mujer, son expresadas con el único lenguaje que conocen, que es el de esas disciplinas.

Pero muestran una extraordinaria incompetencia en todo lo que es práctico y útil. "Sus casas mal construídas, las paredes inclinadas; y este defecto se debe al desprecio en que tienen a la geometría práctica, que consideran vulgar y mecánica, y a las instrucciones que dan, que son demasiado refinadas para las inteligencias de sus trabajadores, lo cual da lugar a perpetuos errores". "Aunque son diestros, en el papel, para el manejo de la regla, el lápiz y el compás, en los actos comunes y en la conducta diaria no hay gente más torpe, zafia y desmañada, ni nadie tan lento e indeciso en sus concepciones acerca de todos los asuntos, excepto las matemáticas y la música". "Son enteramente extraños a la imaginación, la fantasía y la invención: ni siquiera tienen en su lenguaje palabras para expresar sus ideas; todo el campo de su pensamiento y de su mente se encierra dentro de las ciencias mencionadas". Y así prosigue Swift, extendiéndose con sumo detalle, para no dejar sombra alguna de duda acerca del concepto que le merecían músicos y matemáticos.

La pintura de Swift es, claro está, una caricatura; como tal contiene, por consiguiente, algo de verdadero. No puede negarse que la extrema concentración que, en mu-

chos casos, exigen la investigación y el estudio de las matemáticas o la creación musical, puede dar origen a apariencias algunas veces vecinas de las que describe Swift. Pero el mal, cuando existe, debe ser atribuído a una deformación de la mente, propia de la excesiva especialización, antes que a una influencia perniciosa de esas disciplinas.

En verdad, como lo prueban innumerables ejemplos, y creo que ocurre en la generalidad de los casos, el auténtico interés por las matemáticas está acompañado por otras muchas inquietudes intelectuales. Así, es corriente hallar matemáticos profundamente interesados en las ciencias naturales, las ciencias sociales, la lingüística y la música. Y pueden mencionarse no pocos ejemplos célebres en que esa variada vocación ha producido genios insuperables como han sido Arquímedes, Newton, Leibniz, Gauss, Poincaré y Hilbert, para no mencionar sino a algunos matemáticos que son representativos del conocimiento universal. Y no solo eso: el trabajo matemático, la tarea creativa en particular, está alentada no únicamente por una aspiración al conocimiento puro o utilitario; aunque quizás es menos sabido, se suman a esos motivos otros de orden estético, no menos importantes, a los que me referiré después con más detalle, y que, a juicio de la mayoría de los matemáticos, forman parte esencial y predominante de la vocación matemática.

La severa crítica de Swift no constituye un caso aislado. Ha habido muchos otros. Unas veces, como ocurrió en el caso de Berkeley, la crítica adquirió profundidad filosófica, aun cuando su legitimidad científica pueda ser puesta hoy en tela de juicio. Otras veces se han emitido opiniones breves y lapidarias, como aquella frase de Georg Christoph Lichtenberg: "La matemática es una ciencia magnífica, pero a menudo los matemáticos no la entienden".

Hoy mismo se alzan muchas voces de reproche a los matemáticos, si bien no siempre con gracia y buen humor; y no es raro que se trate simplemente de un rechazo cie-

go de aquello que no se alcanza a comprender y a lo que se atribuye una influencia vagamente perniciosa. Sin contar con los que deducen su rechazo a cierta clase de matemáticos y de investigaciones matemáticas, de razones ideológicas, que no es del caso comentar ahora.

Pero volvamos nuevamente a la cuestión del lenguaje. Su uso en las matemáticas tiene algunas peculiaridades que merece la pena observar. En primer lugar, la demanda del ordenamiento lógico y del rigor del método deductivo imponen limitaciones drásticas al afán estético, casi siempre presente, que se esfuerza por hacer resaltar la belleza de las partes y la armonía del conjunto de cada teoría. Es por eso que las exposiciones matemáticas, en especial los textos sistemáticos, pueden ser afectados por una insistente repetición de palabras y giros, imposible, a veces, de evitar. A lo cual hay que agregar que la total comprensión, que es requisito indispensable para la plena apreciación estética de las teorías y para su eficaz aprovechamiento con fines de utilidad práctica, requiere el conocimiento circunstanciado de definiciones y demostraciones, cuyas exigencias técnicas demandan de ordinario un grado de complejidad y de abstracción que dificulta aún más la apreciación. Algo así, como que, si para captar la belleza de una obra arquitectónica, con la cual se compara algunas veces la de las teorías matemáticas, fuera indispensable, no solamente presenciar, sino aun compartir las fatigas de los constructores desde que se coloca la primera piedra hasta que, retirados los últimos andamiajes, se fija y asegura el último elemento decorativo. Sin embargo, cuanto más elevado el nivel de una exposición y más alta la competencia matemática del autor y de los lectores a quienes está dirigida, más en evidencia destaca su valor estético y mejor ocultos o disimulados quedan los recursos técnicos, hasta el punto de que, en ocasiones, los resultados parecen surgir de manera sorprendente sin que sea posible adivinar por qué vía miste-

riosa el autor halló los caminos para alcanzarlos; y aumentan también, entonces, considerablemente, los obstáculos técnicos que se oponen a la comprensión y a la apreciación. Carl Stoermer ha precisado de manera simple estas ideas comparando a las matemáticas con la literatura. Según él, las matemáticas que se estudian en la escuela primaria corresponden al alfabeto; las de la escuela secundaria corresponden a la composición de pequeñas frases; la de los estudios básicos de la Universidad, a pequeños cuentos; y sólo los trabajos propios de profesionales y especialistas corresponden a la literatura propiamente dicha. De esa manera ocurriría que la belleza de las matemáticas, en su forma más elevada; estaría reservada exclusivamente para quienes logran superar las grandes dificultades del aprendizaje. No obstante, es sabido que puede también ser percibida sin necesidad de alcanzar ese alto grado de especialización. En efecto, el caudal de logros matemáticos que no requieren esa extremada competencia técnica para ser comprendidos, y que muestran aspectos de sumo valor estético, en el sentido en que lo entiende el matemático, es muy considerable; y hay muchos libros excelentes en que son expuestos esos temas en términos que están al alcance de un amplio público.

No es tarea fácil la de explicar con precisión en qué consiste la belleza de las teorías matemáticas. Lo usual es comparar las impresiones que suscitan con las que provienen de manifestaciones artísticas que son más familiares; pero esas similitudes no alcanzan a dar sino una idea aproximada. Lo cierto del caso es que se trata de una emoción estética peculiar, cuya verdadera naturaleza únicamente puede ser percibida por la experiencia personal. El valor estético de una teoría matemática no tiene su origen ciertamente en la forma de su expresión verbal, por lo menos en el sentido en que ordinariamente se entiende la belleza del lenguaje. Se origina más bien en los objetos descritos o

sugeridos, en sus sorprendentes y complejas propiedades, en las admirables relaciones que vinculan de pronto, de manera misteriosa e imprevista, casi milagrosa, a objetos, ideas y aun enteras teorías que parecen no tener parentesco alguno. Se pone así de manifiesto un ordenamiento supremo que, en ocasiones, sobrecoge de admiración, invita a la contemplación y a la búsqueda de nuevas perspectivas secretas; y aún, en algunos casos, provoca reacciones de fervor casi religioso. Todo eso sin contar el hecho, no menos sorprendente, de que, en muchos aspectos, la naturaleza se comporta como si estuviera regida por leyes que sólo alcanzamos a atisbar mediante las ideas y los métodos que las matemáticas ponen a nuestro alcance. Se agrega de esta manera al sentimiento estético una impresión de armonía y coherencia que sugiere, que transparenta la presencia de fuerza y de grandeza casi sobrehumanas.

La expresión verbal puede o no ser eficaz para poner en evidencia todas esas impresiones, para destacar los más hermosos detalles y la belleza del conjunto. Para lograrlo no basta solamente el profundo conocimiento del asunto; es necesario, además, el empleo adecuado de los medios de expresión, es decir del lenguaje. Es verdad que los conceptos y las teorías matemáticas poseen una belleza intrínseca; pero no está en manos de todos descubrirla y ponerla en evidencia. La intuición de esa belleza constituye uno de los instrumentos más eficaces para encontrar nuevos y ricos hallazgos. Los más grandes matemáticos, es decir los grandes descubridores, son también, seguramente, los más sensibles a ella y los mejor dotados para descubrirla de la manera más elegante, que es la que conduce a resultados de la mayor profundidad mediante los razonamientos más concisos, penetrantes y originales, haciendo uso del menor número de recursos. Weierstrass, uno de los más célebres matemáticos del siglo pasado, fundador de una poderosa corriente de pensamiento que ha influido de manera defi-

nitiva en la matemática de nuestros días, ha expresado esa idea cuando dijo que “un matemático que no tenga también algo de poeta jamás será un completo matemático”.

Salvo declaraciones y comentarios más o menos retóricos y líricos o comparaciones que son siempre insuficientes, poco o nada puede decirse que explique con exactitud en qué consiste toda esa maravilla; nada que no requiera entrar previamente en el santuario, previo el pago de un cuantioso tributo de esfuerzo intelectual, de imaginación y de abstracción. El sentimiento estético que despiertan las matemáticas es, sin embargo, un hecho universalmente aceptado, que se manifiesta con apariencias semejantes a las que son bien evidentes y conocidas en las artes clásicas. De aquí, que consideren algunos que la matemática es también un arte.

Cabe mencionar, por lo menos, un intento serio de tratar a las matemáticas como el objeto de un arte —el arte matemático— y por consiguiente como el tema de una estética —la estética matemática—. François Le Lionnais ⁵ ha reconocido en las matemáticas dos grandes tendencias, dos corrientes estéticas; la clásica y la romántica. Lo característico de la primera es la elegante sobriedad; en la segunda, es la complacencia en los efectos cautivantes, que tratan de llegar al paroxismo. Se dice que una proposición matemática posee una belleza clásica cuando nos impresiona sea por su simplicidad, sea por su complejidad perfectamente dominada; o bien, porque une a ambas impresiones en una construcción armoniosamente lograda. Le Lionnais asocia con estos conceptos la rígida simplicidad del orden dórico y la deliciosa esbeltez del orden jónico. El clasicismo ha sido celebrado por Edgar Quinet en estos

⁵ François Le Lionnais, *La beauté en mathématiques*. (Les grands courants de la pensée mathématique, Cahiers du Sud (1958), pág. 438).

términos: "Me ha impresionado el arte con que los matemáticos alejan, rechazan, eliminan poco a poco todo lo superfluo, para expresar lo absoluto con el menor número posible de términos, conservando siempre en el arreglo de esos términos una selección, un paralelismo, una simetría que parecen ser la elegancia y la belleza visibles de una idea eterna". Las proposiciones cuya belleza puede llamarse romántica despiertan, por el contrario, impresiones violentas que se deben a su apariencia imprevista y, a veces, extravagante. Pierre Boutroux ha expresado su admiración por la actitud romántica con las siguientes frases: "Lo que nos admira ante todo, cuando comparamos la matemática de nuestro tiempo con la de épocas anteriores, es la extraordinaria diversidad y el aspecto imprevisto de las vías y de los desvíos en que esta ciencia ha incursionado; es el desorden aparente con que ejecuta sus marchas y contramarchas; son sus continuadas maniobras y cambios de frente".

No sabría avanzar más en el pensamiento de Le Lionnais sin redundar en analogías y metáforas, o bien sin tener que referirme a ejemplos concretos para ilustrar esas dos grandes tendencias, lo cual está lejos de mi intención. Me limitaré pues con lo dicho hasta ahora acerca de ese punto.

Y para terminar con estas breves consideraciones respecto de la belleza en las matemáticas citaré a Carl Friedrich Weizäcker, el ilustre físico y filósofo, presidente del Instituto Max Planck para la investigación de las condiciones vitales en el mundo científico, quien, en un reciente artículo ⁶ sobre "Lo bello", resume así su pensamiento: "La belleza es una forma de la verdad". Es posible que en esta breve aseveración pueda hallarse una razón profunda de la belleza que unánimemente es reconocida en las ideas y en las teorías matemáticas.

El vocabulario que requiere las matemáticas es muy

6 Universitäts, vol. XIII, (1976), N° 4, pág. 301.

extenso. No obstante, los matemáticos rehusan, en general, emplear voces nuevas. De ordinario emplean palabras de uso en el lenguaje corriente, con la circunstancia peculiar de que, aferrados tenazmente a las palabras de su viejo léxico, se limitan a modificar convencionalmente su significación según sea necesario. Ocurre con frecuencia, por ese motivo, que una misma palabra tiene, para autores distintos, significados diferentes, lo cual demanda muchas veces un cuidado extremo en la interpretación de los textos. No se trata simplemente de capricho o de inercia, sino de una necesidad impuesta por la naturaleza de esta ciencia, en la cual la modificación del significado de una palabra puede determinar una enorme economía de esfuerzo y, en muchos casos, hace posible extender de manera sustancial la generalidad y la profundidad de los resultados. Ocurre en muchas ocasiones que, luego de un proceso de selección entre las diversas significaciones que se ha atribuído a una palabra, se llega finalmente a un consenso y se consagra el uso de una acepción. "De vez en cuando, dicen Kasner y Newman ⁷, hay limpieza en casa de las matemáticas. Algunos viejos nombres son descartados, otros son desempolvados y acicalados; nuevas teorías, nuevas adiciones al menaje reciben sitio y nombre. Con seguridad, hay tantas palabras en las matemáticas como en otros dominios científicos. En realidad hay tantas que resulta más fácil aún de lo que era antes, hablar mucho y no decir nada".

Las palabras técnicas, cuya significación puede considerarse definitivamente establecida, son, en su mayor parte, de empleo exclusivamente reservado a dominios muy especiales. Son por tanto palabras que no pueden situarse entre aquellas que han pasado "de la nomenclatura especializada al lenguaje culto general e incluso al dominio común", como

⁷ Kasner y Newman, *Mathematics and imagination*, Simon and Schuster, (1940), pág. 4.

las que es lícito incorporar al Diccionario de la Lengua Española. Su lugar propio es por tanto un Diccionario Matemático. Hasta donde llega mi información no existe tal diccionario en la lengua castellana. Sí los hay, en cambio, en otros idiomas⁸. Las palabras con significación matemática que usamos en español son, en general, traducción o castellanización de las que se emplean en otras lenguas y es frecuente que la versión cambie según los autores. De allí proceden otras discrepancias en el lenguaje.

Una particularidad curiosa del empleo del lenguaje en las matemáticas es el uso frecuente del llamado "abuso del lenguaje". Consiste en dar a una palabra o símbolo más de una significación simultáneamente. Desde luego, este procedimiento no se emplea de manera indiscriminada. Se requieren algunas condiciones esenciales: el convenio debe ser aceptado de manera explícita; las diferentes acepciones deben guardar estrecha relación y su exacta significación debe resultar, en cada caso, del contexto, sin dar lugar a confusiones. Generalmente, la doble acepción está consagrada por un largo uso y se prefiere mantenerla por razones de simplicidad y de estética. El abuso del lenguaje reviste a veces otras formas interesantes que no me detendré ahora a describir.

En las ciencias naturales y físicas el vocabulario es considerablemente más especial que en las matemáticas.

⁸ Pueden citarse los siguientes:

Naas, J.; Schmid, H. L.: Mathematiques Wörterbuch, I, II, Stuttgart, 1962.

James, G.; James R. C.: Mathematics Dictionary, New York-Toronto-London, 1959.

Behnke, H.; Remmert, R.; Steiner, H. G.; Tietz, H.: Mathematik I. Das Fischer — Lexicon, Frankfurt a. M. 1964.

Karush, W.: The Crecent Dictionary of Mathematics, New York-London. 1962.

Meschkowski, H.: Mathematisches Begriffswörterbuch, Bibliographisches Institut Mannheim, 1965.

Particularmente llamativo resulta ser el caso de la química en que, para identificar racionalmente a los innumerables compuestos orgánicos, ha sido necesario idear una nomenclatura que no puede ser empleada sino en forma estricta. Nadie en su sano juicio llamaría al azúcar común, por ejemplo, con su nombre ⁹ que consta de diez sílabas. Algo semejante ocurre en el caso de la biología. En matemáticas, en cambio, como ya dije, se usan palabras sencillas y de uso diario: conjunto, grupo, familia, anillo, campo, curva simple, función, forma, módulo categoría etc. Pero, eso sí, estas palabras reciben una significación absolutamente precisa, que no puede ser modificada en el curso de un mismo razonamiento sin conducir a resultados errados. Se ha dicho por esa razón que la matemática es la ciencia que emplea palabras fáciles para expresar ideas difíciles. Es decir, justamente lo contrario de lo que podría decirse de otras ciencias, particularmente de algunas que se hallan recién en la primera fase de su formación.

El sentido preciso que el matemático atribuye a las palabras que emplea, no proviene del capricho o de la pedantería; procede de una necesidad ineludible. Sin un rigor absoluto en las definiciones sería imposible alcanzar el grado de perfección lógica exigido por el razonamiento matemático. Sin embargo, esta exigencia no debe dominar hasta el punto de convertir al lenguaje matemático en una monstruosa jerigonza. El afán lógico no debe exceder los límites del buen sentido y de un sometimiento razonable a las exigencias técnicas. La pretensión de dar al pensamiento matemático una expresión lógicamente perfecta, sin el empleo de los textos formalizados a que antes me he referido, cae prontamente en contradicción con la urgente aspiración estética que nunca abandona al matemático. De manera

⁹ La sacarina que es la sustancia que constituye al azúcar común se denomina ácido O-anhidrosulfaminobenzoico.

ciertamente exagerada, pero que ilustra bien esas ideas, John George Kemeny ¹⁰, destacado matemático y lógico, ha mostrado con un ejemplo a qué extremo de aberración en el lenguaje podría llegar quien se empeñara en el error de sólo cuidar los aspectos técnicos y lógicos sin preocuparse de la claridad y de la estética. Da con ese fin una definición rigurosamente exacta del concepto de función, cuyo sentido no pido a ustedes que traten de desentrañar, y que dice así: "Una función es un conjunto de conjuntos, de conjuntos, tal que cada uno de sus elementos es un conjunto de dos elementos que consiste en un conjunto de un elemento y un conjunto de dos elementos, y en el que el conjunto de un elemento es un subconjunto del conjunto de dos elementos. Además, para cada objeto, el conjunto formado por él sólo es, a lo más, elemento de uno de los elementos de la función" ¹¹. Si bien, en verdad, este es, efectivamente, el sentido preciso que los matemáticos atribuyen a la palabra función no cabe pensar en introducir noción tan importante y tan simple mediante un lenguaje tan inapropiado, en que se ha llevado al extremo el énfasis excesivo y el innecesario rigor lógico. Por suerte, hay maneras razonables de definir la misma noción con una corrección equivalente y sin recurrir a formas tan alambicadas, Señalaré de paso que la definición que aparece en el Diccionario de la Lengua: "función es una cantidad cuyo valor depende del de otra u otras cantidades variables", no coincide con la hoy aceptada en las matemáticas y podría considerarse como una descripción aproximada de lo que se llama más bien función numérica. Al hacer esta observación no es mi intención, de manera alguna, sostener que esa definición deba ser modificada, porque creo que se acomoda bien

10 Citado por J. Fang, Bourbaki, Paideia Press, 1970, 129.

11 Si los objetos se designan a, b, c, etc. los elementos de la función tienen formas tales como ([a], [a, b]), en que, entre llaves, se encierra a los elementos de un conjunto.

a la interpretación que se da a la palabra función en el uso corriente. Volviendo a mi tema, insistiré solamente en el hecho de que, ordinariamente, el matemático prefiere sacrificar la inflexibilidad de la forma estrictamente lógica a la sencillez y a las conveniencias estéticas; esto, bien entendido, siempre que, por último, no se afecte en forma alguna a las exigencias del más severo rigor.

La mente del hombre parece ser impulsada de manera irresistible a pensar matemáticamente y es estimulada por las razones estéticas a que me he estado refiriendo. Sin embargo, ese estímulo, con ser poderoso, no explica satisfactoriamente el esfuerzo ininterrumpido realizado por el hombre para ampliar el campo del conocimiento matemático. Para hallarle justificación es necesario recurrir al análisis del papel que el pensamiento matemático ha desempeñado en la historia de la cultura, papel que no puede pasar desapercibido al observador más superficial. Baste recordar el lugar preferente que, por muchos siglos, han ocupado las matemáticas en la educación de los hombres y su creciente participación en el desarrollo de los más diversos dominios del saber. No pretendo afirmar que las ideas matemáticas hayan ejercido una acción decisiva en el desarrollo cultural de la humanidad, lo que ciertamente sería exagerado. A este respecto Whitehead ¹² ha emitido un juicio que me parece justo: "No iría tan lejos —afirma Whitehead— como para decir que construir una historia del pensamiento, sin un estudio profundo de las ideas matemáticas en las sucesivas épocas, sería como omitir a Hamlet de la tragedia que lleva su nombre. Pero sería ciertamente semejante a suprimir la parte de Ofelia. Este símil es singularmente exacto porque Ofelia es esencial para la tragedia, es encantadora y un poco loca. Debemos

¹² *Alfred North Whitehead, Science and the Modern World*, cap. II.

aceptar que el empeño de las matemáticas es una divina locura del espíritu humano y un refugio contra la urgencia apremiante de los acontecimientos casuales”.

Sin detenerme a examinar con más detalle por qué vías el pensamiento matemático ha impreso su huella en la evolución de la cultura y ha modificado de manera profunda nuestra concepción del universo y nuestra interpretación de los fenómenos naturales, quisiera decir unas pocas palabras acerca de los móviles que, desde remotos tiempos, han inducido al hombre a razonar matemáticamente. Fueron, al principio de la historia, intereses muy prácticos: la medida de las tierras y de las pertenencias; y luego la observación del cielo y del movimiento de los astros, en función de la medida del tiempo, de las necesidades agrícolas y de las predicciones astrológicas. Los descubrimientos matemáticos de los tiempos antiguos, y aun de épocas no tan remotas, fueron tan sorprendentes y parecieron tan maravillosos, que se les atribuyó una significación religiosa y mística que ha perdurado casi hasta nuestros días. Expresión de ese sentimiento ha sido, para no citar sino un ejemplo típico, la forma en que han sido considerados los llamados números imaginarios. Sospechada su existencia en tiempos antiguos, fueron empleados durante el Renacimiento de manera puramente formal, mucho antes de que se llegara a descubrir su verdadera significación. Fue posible reconocer desde entonces, a pesar de que los motivos permanecían desconocidos, que su empleo introduce un orden sorprendente en donde había hasta entonces un aparente caos. Sin que se hubiera elaborado para ellos una teoría racional, sin embargo, su uso permitió acumular un conjunto de resultados que llenaban de admiración por su variedad y sencillez. Muy lentamente comenzó a vislumbrarse la posibilidad de construir una teoría enteramente satisfactoria y totalmente desprovista de misterios. Por fin, sólo se alcanzó la meta deseada a principios del siglo pasado, al

comienzo de la época de oro de las matemáticas; y se debió ese gran triunfo a Carl Friedrich Gauss (1777-1855), uno de los más grandes genios matemáticos de todos los tiempos. Al definir de manera rigurosa a los números imaginarios y establecer en consecuencia sus propiedades, despejó todas las dudas, explicó todas las conquistas logradas hasta entonces con recursos exclusivamente algorítmicos y fundó, sobre firmes bases, un nuevo gran capítulo de la matemática: la teoría de las funciones de variable compleja. A pesar de esa larga historia y de su sensacional desenlace, existían, avanzado el presente siglo, no pocos textos matemáticos cuyos autores desconocían la naturaleza racional de los números imaginarios y sostenían aún una vaga concepción esotérica. Ocurre esto cuando desde hacía ya un siglo los matemáticos habían reconocido la naturaleza auténticamente numérica de los números imaginarios, dentro de una concepción perfectamente rigurosa de la noción de número.

El caso que he mencionado es uno, entre muchos, en que la tendencia a interpretar de una manera no racional, o mediante consideraciones metafísicas, los descubrimientos matemáticos, ha obstaculizado la difusión de los conocimientos científicos, que sólo han llegado a imponerse con extraordinaria lentitud y venciendo una enorme resistencia.

En forma diversa, pero no menos sorprendente, ha ocurrido algo, hasta cierto punto semejante, con otra cuestión célebre: se trata del famoso problema de la cuadratura del círculo, cuyo enunciado y los esfuerzos por resolverlo se remontan a la antigüedad clásica. Consiste, según es bien sabido, en buscar un procedimiento mediante el cual, dado un círculo, pueda trazarse un cuadrado cuya área sea *exactamente* igual a la del círculo dado; pero empleando, para llevar a cabo la construcción, *exclusivamente*, una regla y un compás. Este problema quedó "resuelto" en forma definitiva en el año 1882, cuando Fernando Lindemann probó, en forma que no deja lugar a dudas, que el problema es

irresoluble, es decir que ese procedimiento no existe y, por tanto, que la construcción de un cuadrado que cumpla las condiciones del problema es imposible mediante el uso de la regla y el compás. No obstante, ha habido desde entonces, y hay aún, quienes se empeñan todavía en lograr obtener el procedimiento de construcción y algunos que creen firmemente haberlo hallado. Se trata, ordinariamente, de personas que no han captado el verdadero enunciado del problema o a cuya noticia no ha llegado la demostración de Lindemann. La dificultad mayor parecería residir aquí en la dificultad para entender que pueda demostrarse rigurosamente que un problema puede no tener solución.

El problema de la cuadratura del círculo trae a la memoria el hecho, digno de mención, de que la matemática, más quizás que otros dominios de la ciencia, despierta ocasionalmente, en los profanos, sentimientos opuestos. En unos ejerce una irresistible atracción, que algunas veces los induce a dedicar un considerable e inútil esfuerzo por lograr metas inalcanzables; y en otros, despierta desconfianza y aun repulsión. Muy lejos de los sabios comentarios de Berkeley o de la ingeniosa sátira de Swift, se ha expresado alguna vez el oscuro temor de que las incomprensibles elucubraciones de los matemáticos puedan ocultar alguna intención nefasta o abominable; o bien se ha hecho mofa de la necesidad lógica de las proposiciones matemáticas. Un miembro del Comité de Instrucción Pública durante la Revolución Francesa, el convencional Louis Sebastien Mercier, reprochaba la insistencia incansable con que algunos destacados matemáticos de la época se empeñaban en impulsar la adopción del sistema métrico decimal en reemplazo del caótico sistema de pesas y medidas hasta entonces imperante. "Creo en mi alma y en mi conciencia, decía, que todo ello es charlatanería, y que lo ridículo de esta enorme y costosa operación será confesado y reconocido"; y agre-

gaba: "Temo que los matemáticos, que aún no han trastornado el mundo, lleguen por fin a trastornarlo"¹³.

Pero la desconfianza en los matemáticos y el desconocimiento de la validez de los resultados matemáticos ha llegado a extremos pintorescos, casi grotescos. Cuenta Clifton Fadiman¹⁴ que en 1899 el Cuergo Legislativo del Estado de Indiana estuvo a punto de aprobar una ley por la cual debía enseñarse en todas las escuelas del estado que el número π es igual a 4. Sin duda no había llegado a conocimiento de esos legisladores la definición de la matemática que en 1870 había dado el norteamericano Benjamín Peirce: "La matemática es la ciencia que llega a conclusiones necesarias". Y tocamos aquí otro tema que aporta nuevos motivos de sorpresa cuando se medita sobre la significación cultural de las matemáticas. Es un hecho, que no existe una definición de la matemática que sea generalmente aceptada sin reservas. Parecería, además, que no hay, de parte de los matemáticos, una seria inquietud por llegar a una definición que sea enteramente satisfactoria; y que preferirían, más bien, dejar siempre abierta la cuestión, ya que la historia demuestra que su campo de interés se amplía más y más, al parecer sin fin. En cambio, se ha dado de ella un gran número de breves descripciones que, si bien son técnicamente insostenibles, tienen, algunas de ellas, el mérito de impresionar vivamente la imaginación. Algunas son paradójicas o discretamente humorísticas. Las hay anónimas como aquella que la define como la "ciencia del sentido común". Otras se deben a matemáticos ilustres. Bertrand Russell ha dicho que "la matemática es una ciencia en que no se sabe jamás de qué se habla ni si es verdadero lo que se dice". Es claro que su intención era poner en

13 Citado por *Joseph Fayet*, *La Révolution française et la Science*. Librairie Marcel Riviere et Cie (1960) pág. 466.

14 *Fantasia Mathematica*, Simon and Schuster (1958) pág. XVIII.

evidencia el rol que cumplen en las matemáticas las definiciones en apariencia arbitrarias. Dentro de este mismo espíritu, Peirce, profesor en la Universidad de Harvard al que que ya me he referido, después de explicar un célebre hallazgo de Moivre, terminó declarando dramáticamente a sus oyentes: "Caballeros, esto es cierto con seguridad. Es absolutamente paradójico, no podemos entenderlo, y no sabemos qué significa; pero lo hemos demostrado y por tanto sabemos que es cierto".

A la citada afirmación de Russell, Emile Borel, un matemático no menos autorizado, ha opuesto otra: "La matemática es la ciencia en que se sabe siempre de qué se habla y en que se está siempre seguro de que lo que se dice es verdad". Para Henri Poincaré es "el arte de dar el mismo nombre a cosas diferentes".

Podrían citarse muchos otros comentarios penetrantes que, sin constituir una definición, arrojan luz sobre la manera como los matemáticos entienden la matemática. Sólo mencionaré un ejemplo más. Georg Cantor, el célebre creador de la teoría de los conjuntos y de la noción de número transfinito, ha expresado una idea que ha sido objeto de muchas interpretaciones y tergiversaciones: "La matemática —ha dicho— es, con preferencia, libre en su desarrollo y está sujeta únicamente a la consideración obvia de que sus conceptos deben estar libres de contradicciones en sí mismos y relacionados precisa y sistemáticamente, mediante definiciones, con nociones previamente existentes y establecidas". Esta frase ha sido simplificada, alguna vez, hasta el punto de resumirla diciendo: "La matemática, en esencia, es libertad".

Jean Kuntzmann¹⁵, en época reciente, la define como "la ciencia que desarrolla, a partir de nociones de base,

15 Jean Kuntzmann, *Où vont les mathématiques?* Hermann, (1967) pág. 13.

teorías que no recurren sino al razonamiento lógico". Estamos ya aquí cerca de una verdadera definición formal. Por último, Bourbaki, al comenzar la introducción al Capítulo I de los Elementos de Matemática, obra que ha llegado a tener tanta influencia en la matemática de nuestro tiempo, sin dar una definición propiamente dicha, ha expresado con precisión, de la siguiente manera, lo que podemos considerar como esencial en las matemáticas en el sentido en que hoy las entendemos: "desde los griegos, quien dice matemática dice demostración; algunos llegan a dudar de que fuera de las matemáticas se pueda encontrar demostraciones en el sentido preciso y riguroso que esa palabra ha recibido de los griegos".

Sin alargar excesivamente este discurso, o sin entrar en materias que me he propuesto no tratar, no podría agregar mucho más a lo que ya he dicho en mi intento de mostrar algunos aspectos del mundo intelectual que son las matemáticas de nuestros días. Ese mundo, en general poco conocido y cuya exploración, sin embargo, es una exigencia invencible del espíritu del hombre, tan fuerte en él como todo lo que promete satisfacer nuestras insaciables ansias de verdad y de belleza, y lo que alienta la esperanza de poder sobreponernos a nuestras limitaciones para vislumbrar, si quiera sea fugazmente, las cimas anheladas donde moran los espíritus puros en eterna y perfecta felicidad.

DISCURSO DE RESPUESTA DE DON FRANCISCO MIRO QUESADA

Sean mis primeras palabras para expresar la profunda satisfacción que siento al participar en esta ceremonia. Satisfacción múltiple en que cada una de sus manifestaciones se refuerza con las restantes en armoniosa acción de influencia recíproca. En primer lugar, satisfacción por el acierto de la Academia que, cumpliendo con la tradición, ha incorporado a un matemático. Luego, porque se trata del más ilustre de los matemáticos peruanos. Además, porque me une a José Tola Pasquel una vieja y entrañable amistad, mantenida sin mácula a través de toda la vida. Pero, sobre todo, porque este acto público es una oportunidad para expresar mi gratitud intelectual al paradigmático exponente de la ciencia peruana que recibimos hoy con los brazos abiertos. Esta actuación suscita en mi memoria un tropel de dilectas imágenes, de recuerdos, vivencias, que, a pesar del tiempo transcurrido, mantienen una nitidez que el paso de los años no ha podido ni podrá nunca esfumar.

La vieja casona de San Marcos, con sus patios tranquilos, tejidos de arcadas y tachonados de pequeños espacios verdes. En ellos el tiempo parecía detenerse mientras las ideas surgían a borbotones, incontenibles y cargadas de

mensaje. Allí, un poco a trasmano, en el "tercer patio" como lo llamábamos los que veníamos de Letras, funcionaba la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Cursaba el segundo año de Matemáticas Puras. Dedicado con entusiasmo desbordante a la filosofía había acudido a la Facultad por razones estrictamente filosóficas. Buscaba en la ciencia exacta el rigor del pensamiento, la puerta de entrada a todas las ciencias y, sobre todo, la posibilidad de comprender, en su nivel más depurado y abstracto, los fundamentos últimos del conocimiento racional. El primer año me había desilusionado. La enseñanza, aunque seria y exigente, carecía de inspiración y de profundidad conceptual, era una matemática anticuada, repetitiva, que más parecía complacerse en causar dificultades a los estudiantes que en desplegar ante ellos el grandioso vuelo del pensamiento creador. Pero logré soportar las torturas que significa una enseñanza matemática estereotipada porque había dos nombres que, para todos los que estudiábamos las ciencias exactas, eran algo así como la tierra prometida: Alfredo Rosenblatt y José Tola Pasquel. Y mi esfuerzo fue recompensado.

La primera clase, el primer día del Segundo Año, fue de Algebra Abstracta, disciplina que apenas comenzaba a enseñarse en el Perú. El profesor fue José Tola Pasquel, en aquel entonces en su primera juventud, pero ya con un prestigio ampliamente difundido. Fue un deslumbramiento. Desde las primeras palabras y los primeros trazos de tiza, encontré lo que buscaba; claridad en la exposición, rigor en las demostraciones, profundidad e inspiración en los conceptos. Estaba ante un gran maestro. Con Alfredo Rosenblatt, el famoso profesor polaco que, junto con Tola, contribuía en aquella época a renovar radicalmente la matemática peruana, encontré una cantera de sabiduría. El fue el primero, allá por los años 41 y 42, en informarme sobre la existencia del nuevo movimiento filosófico-matemá-

tico que comenzaba a transformar la moderna filosofía del conocimiento. Hilbert, Brouwer, Gödel, Tarski, nombres que sonaban entonces como promesas de tesoros lejanos y que llegarían a ser después con el correr del tiempo y gracias a José Tola Pasquel, compañeros inseparables de mi vida intelectual. Gracias a José Tola, porque fue él quien, cuando terminé mis estudios de matemáticas, tuvo la idea de crear la Cátedra de Filosofía de las Matemáticas y de llamarme para que me hiciera cargo de ella.

Aunque conocía a José Tola Pasquel desde hacía algunos años, sólo habíamos tenido relaciones de circunstancia. Pero desde la primera clase nació una amistad que, a través del tiempo, se ha ido enriqueciendo y acentuando en forma ininterrumpida. Fue una amistad con un rasgo característicos: además de la relación de aprecio mutuo, fue una relación de discípulo a maestro. Desde la primera clase, me sentí, en forma espontánea e inevitable, discípulo de José Tola. Y en el nivel matemático, esta relación de discípulo a maestro se ha mantenido durante toda la vida y se sigue manteniendo hoy día. José Tola era ya, a pesar de su juventud, el líder de la nueva generación matemática peruana. Desde esos años hasta el presente, ha formado un numeroso y selecto grupo de matemáticos, algunos de los cuales han llegado a ser muy distinguidos. Sin ningún espíritu personalista, totalmente alejado de los mezquinos intereses de la politiquería universitaria, por la gravitación natural de su prestancia matemática, José Tola tenía su grupo. Y, como es de suponer, todo joven estudiante de matemáticas de San Marcos, tenía el ideal de pertenecer, algún día, al grupo de Tola. Lo digo, hoy con orgullo, mi incorporación al grupo de Tola, fue inmediata. Es cierto que mi pertenencia a tan distinguido equipo intelectual ha sido más bien sui géneris, pues en mi condición de filósofo mi relación con la matemática ha sido más adjetiva que sustantiva y el grupo de Tola es, en esencia, un cogollo de matemáticos

puros. Pero, de una manera u otra, he estado incorporado y he tomado parte en diversos proyectos y realizaciones.

Fue el hecho de pertenecer a este grupo lo que hizo que José Tola, cuando era Decano de la entonces Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, pensara que yo podía hacerme cargo del curso de Filosofía de las Matemáticas. Cuando me llamó, sorprendentemente, para ofrecirme el curso, mi júbilo y mi entusiasmo no tuvieron límites. Y fue gracias a la exigencia formativa que dicho curso me impuso, que comencé a profundizar en ciertas ramas fundamentales de la matemática, como la teoría de los conjuntos y la teoría de las funciones recursivas, y a enterarme, de manera constante, de los grandes logros de la metamatemática y de la moderna metateoría. Este tipo de formación hizo posible que pudiera abordar ciertos problemas básicos y a la vez novedosos de la filosofía del conocimiento y, en gran medida, ha hecho posible mi trayectoria intelectual. A José Tola Pasquel, debo, pues, algunos de los aspectos más importantes de mi carrera filosófica y deseo, por eso, en esta significativa ceremonia, dejar pública constancia de mi gratitud.

La tarea de quien responde al recipiendario en la ceremonia de incorporación a la Academia es hacer una semblanza de su persona que revele aspectos característicos de su vida y de su obra. José Tola Pasquel es ampliamente conocido por el público culto de Lima y es por eso difícil decir algo sobre él que resulte novedoso. Me hago la ilusión, sin embargo, de que las remembranzas expresadas, hayan revelado un aspecto de su personalidad, perfectamente conocido entre sus discípulos, pero tal vez no plenamente captado por aquellos que, incluso conociéndole bien, no han tenido la experiencia de verlo actuar como maestro. Este aspecto es su inmensa capacidad de influencia, su profundo impacto en la formación intelectual de sus estudiantes y discípulos, su generoso afán de transmitirles todos sus

conocimientos y de ofrecerles todos los medios posibles de superación intelectual.

Con esta semblanza debería cerrar la presente alocución. Mas no puedo resistir el deseo de hacer referencia a una de las partes más brillantes del discurso de José Tola Pasquel. No puedo resistirlo porque allí refulge, con toda su luz el misterioso y longincuo paraje en que se tocan la ciencia, el arte y la filosofía, es decir, donde el espíritu adquiere tal intensidad y amplitud, que desaparecen las clasificaciones limitativas y las especialidades enclaustradoras... allí desaparece el detalle, el límite y sólo queda la inmensidad del espíritu donde el individuo, en su pequeñez, se engrandece al infinito y vislumbra el sentido último de las cosas. Me refiero a los párrafos en los que José Tola nos habla de las relaciones entre la matemática y el arte y nos hace ver la sutil relación entre la ciencia exacta y la poesía. Al hacerlo, cita una inspirada frase de Weierstrass, uno de los matemáticos que profundizó de tal modo su ciencia que logró elevarse a las regiones trascendentes donde el espíritu recupera la unidad primordial.

“Un matemático que no tenga también algo de poeta, jamás será un completo matemático”. Esta verdad no necesita ser demostrada. Todo aquel que tiene una idea precisa de lo que es la matemática, sabe que la ciencia exacta tiene una relación innegable con la poesía. Pero lo notable es que, en la actualidad, se puede demostrar que la frase de Weierstrass es cierta, Porque hoy día, gracias a trabajos extraordinarios del lógico norteamericano Alonzo Church, se sabe que la matemática no es una ciencia mecánica. En sus aspectos elementales la matemática es mecánica, es decir, todos sus resultados pueden ser hallados por una máquina que, no por ser electrónica, deja de ser un simple artefacto. Pero Church ha demostrado que cuando una teoría matemática es suficientemente rica sus principales resultados no pueden ser hallados por artilugios mecánicos. Desde luego,

una vez encontrados pueden ser incluídos en el programa de la máquina. Pero ella es incapaz de llegar al resultado sin ningún programa definido. En otras palabras, según el teorema de Church, los resultados de la teoría pueden encontrarse, pero no existe ningún método definido para hallarlos. Sin embargo, como lo demuestra la historia del pensamiento humano, los grandes matemáticos, a pesar de no existir método alguno para llegar a la solución, han sido capaces de alcanzarla. ¿Cómo ha sido esto posible? Cómo puede explicarse que un matemático tenga la capacidad de resolver un problema para cuya solución no existe ni puede existir ningún método? La respuesta es a la vez sencilla y sobrecogedora porque el matemático, al igual que el poeta, tiene inspiración. La inspiración, aquel don divino del poeta según nos dice Platón, es también el don divino del matemático. Es la inspiración lo que une al poeta y al matemático; es la capacidad de encontrar lo que busca, ya sea la belleza, ya sea la verdad, a pesar de que no hay nadie capaz de señalarle el camino, lo que constituye la grandeza del espíritu humano. Porque no se equivocan los que opinan que la matemática es también poesía verdadera. En sus altas cumbres, en donde la inteligencia, liberada ya del lastre metodológico, busca su propio camino y se hace a sí misma, el hombre descubre la suprema verdad y la suprema belleza, descubre la clave que nos revela, sin mediación alguna, el sentido último de la existencia, sentido que palpita en las palabras inmortales del poeta.

“La verdad es la belleza, la belleza es la verdad, nada más necesitas saber en esta Tierra...”.

CENTENARIO DE LA MUERTE DE DON MANUEL PARDO

El 16 de noviembre se cumplió el centenario de la muerte de don Manuel Pardo y Lavalle, uno de los hombres más ilustres y representativos del Perú del siglo XIX, Presidente Constitucional de la República de 1872 a 1876, Secretario o Ministro de Hacienda en el primer gobierno del General Prado (1865-1866), Alcalde de Lima (1869-70), Senador por el departamento de Junín (1878), asesinado al ingresar al local del Senado donde ejercía el cargo de Presidente.

Con este motivo, se celebró una sesión académica en el Instituto Riva-Agüero de la Pontificia Universidad Católica. Inició el acto el Director del Instituto, don José Agustín de la Puente Candamo; habló en seguida el Doctor Félix Denegri Luna, en representación de la Academia Nacional de la Historia; y a continuación nuestro Director, don Aurelio Miró Quesada, en nombre de la Academia Peruana de la Lengua. En representación de la familia Pardo, pronunció luego unas palabras de agradecimiento don José Pardo Heeren.

Nuestro Director, en su discurso, se refirió a la obra cultural y a la calidad de escritor de Manuel Pardo y dio datos no conocidos de su elección como correspondiente de

la Real Academia Española. Como es sabido, en 1870 la docta casa de Madrid acordó propiciar la creación de Academias Correspondientes de la Lengua como instituciones que colaboraran en América en la corrección y en la defensa del idioma común. Para facilitar su fundación, se resolvió nombrar a intelectuales hispanoamericanos que, elegidos primero a título personal, pudieran reunirse después en cuerpos colegiados como el que, con ejemplo para todos, se estableció el año siguiente en Colombia.

Puestos a escoger en el Perú, los Académicos españoles señalaron en ese momento cuatro nombres: dos peruanos ilustres, Manuel Pardo y Lavallé y el General Manuel Ignacio de Vivanco, y dos eminentes escritores nacidos en otras Repúblicas de América pero enraizados en nuestro país: el ecuatoriano Numa Pompilio Llona y el venezolano Juan Vicente Camacho. La propuesta fue llevada al pleno. Pero como una confirmación, extraña en los usos académicos, ese mismo día fue presentada también otra, exclusivamente en favor de Manuel Pardo.

“Prevía consulta de la Comisión de Academias correspondientes en América tenemos la honra de proponer para Académico Correspondiente en el Perú al Sr. D. Manuel Pardo, hijo de nuestro difunto Académico D. Felipe a (quien) ya conoce la Academia por sus trabajos en la publicación de las obras de su Sr. Padre.

“Madrid 30 de Marzo 1871.

“(Firmado) Eugenio de Ochoa —Juan Eugenio Hartzenbusch— Fermín de la Puente Apezchea”.

El 4 de mayo de 1871, en la vieja casa de la calle de Vaverde, se celebró Junta académica. Presidió la sesión el Director de la coporación, Mariano Roca de Togores Marqués

de Molíns, compañero del padre de Manuel Pardo, don Felipe Pardo y Aliaga, en el Colegio de San Mateo y en la famosa "Academia del Mirto", bajo la clásica dirección de Alberto Lista. Asistieron Patricio de la Escosura, Alejandro Oliván, Antonio Ferrer del Río, Aureliano Fernández Guerra y Orbe, Leopoldo Augusto de Cueto, Manuel Cañete, Manuel Tamayo y Baus, Cándido Nocedal, Francisco Cutanda, Severo Catalina, Ramón de Campoamor, Juan Valera y Alcalá Galiano, Antonio Cánovas del Castillo, Francisco de Paula Canalejas, Antonio de los Ríos y Rosas, Cayetano Fernández, Salustiano de Olózaga y por cierto los tres proponentes: Ochoa, Hartzenbusch y de la Puente Apezechea. Como Secretario accidental actuó Antonio María Segovia. El Secretario titular, Manuel Bretón de los Herreros, anciano y enfermo, no pudo participar pero se le consideró como presente.

La votación en favor de Manuel Pardo fue excepcional; con un solo voto discordante, como iba a ocurrir años después, también con un misterioso disidente, en la elección de don Ricardo Palma. (La Real Academia Española se abstiene siempre de dar a conocer el número de votos para evitar susceptibilidades, pero se sabe que, por razones literarias o no, era frecuente entonces poner balotas negras). La noticia se comunicó inmediatamente a Lima, y en el Primer Anuario que publicó la Real Academia (1875) apareció don Manuel Pardo como "Correspondiente extranjero".

UNA CARTA INEDITA DE DON RICARDO PALMA

(Como contribución al epistolario del ilustre tradicionista don Ricardo Palma , fundador y Director de nuestra Academia, reproducimos la siguiente carta inédita, cuyo original posee don Héctor Velarde).

Lima, 31 de agosto de 1903

Señor Dr. Dn
Hernán Velarde
(Petrópolis)

Mi muy distinguido amigo:

Correspondiendo a su amabilísima carta del 15 de julio, complazcome en avisarle que he entregado a su hermano D. Carlos, con dedicataria autógrafa, los siguientes libritos:

- Anales de la Inquisición
- Recuerdos de España
- Artículos Históricos
- Cachivaches

y el que hace tres días está en circulación con el título de "2600 voces que faltan en el Diccionario de la Academia", libro en cuyo arreglo he empleado mis ratos de ocio en los dos años y medio que lleva de existencia el siglo XX. Con este libro echo al fondo del mar mi pluma de hombre de letras, harto de decepciones y de mezquindades. Ni mi afán de veinte años por formarle al Perú una Biblioteca valorada en mas de medio millón de soles, ni mi perseverante labor literaria de más de medio siglo me han conquistado consideraciones en nuestra tierra. En todas las repúblicas americanas se me estima y quiere, y sólo en la patria se me trata con ultrajante desdén, esto es cuando no se discuten mi persona y merecimientos.

Amigo Don Hernán, no sea Ud. literato y se libertará de envidias y de empozoñarse el alma. Los peruanos no consentimos que uno de los nuestros sobresalga media pulgada sobre el nivel común. Nos afanamos por empequeñecer a nuestros hombres, y si alcanzan algún aplauso en el extranjero les amargamos la satisfacción. He pedido al Congreso que si estima que he prestado servicios de valía a la Patria, formando Biblioteca sin auxilio del Tesoro Fiscal, declare que mi cesantía constituya el montepío de mi mujer e hija, y no tiene Ud. idea de las ruindades que contra mi modesta pretensión se ponen en juego. En fin excuse Ud. que algunas gotas de la amargura que me rebosa del alma hayan caído en el tintero.

No tengo colección alguna de la edición barcelonesa de *Tradiciones*; pero Don Carlos la ha obtenido, y he puesto en su primera página el autógrafo que Ud. desea.

Para fines de año se habrá terminado en Barcelona la impresión de un nuevo tomo que se titula *Mis últimas Tradiciones Peruanas*.

¿Recuerda Ud. que, siendo Oficial Mayor de Relaciones, autorizó algunos documentos

para el pleito que entablé en España contra los editores Montaner y Simón? Después de tanta arrogancia y de entablado el juicio me propusieron una transacción. Yo les reclamaba 15,000 francos amén de los gastos del juicio, y hemos transado por 6,000 francos. Para mí la cuestión más que por dinero, era por castigar la insolencia de la Casa.

Presente Ud. mis respetos a la Señora y disponga Ud. con entera llaneza del afecto que de antiguo le profesa, como a hijo de un amigo de mi juventud, este viejo emborronador de papel que es muy de Ud. atento ss.

RICARDO PALMA

UNA FRASE DEL INCA GARCILASO

Cuzco ¿madre o madrastra?

Por Aurelio Miró Quesada

En la Segunda Parte de los *Comentarios Reales*, publicada con el nombre de *Historia General del Perú*, al hablar de los millones de oro y plata que año a año salían del Perú y entraban en España por el Guadalquivir, el Inca Garcilaso intercala una frase que, más que un comentario, es un reproche y una lamentación: "los cuales envía aquella mi tierra a toda España y a todo el mundo viejo, mostrándose cruel madrastra de sus propios hijos y apasionada madre de los ajenos" (Libro I, capítulo 38).

La frase se refiere a una situación de hecho, producto de la Conquista, y no por cierto atribuible a culpa alguna de su patria peruana. Pero se la ha repetido tantas veces, fuera de su contexto, que se ha prestado a una confusión y de la consecuencia económica de la conquista del Perú la crítica o la lamentación se ha trasladado al Perú mismo y, dentro del Perú, a su tierra cuzqueña. Se ha imaginado inclusive una anécdota. Se ha dicho que al partir del Cuzco el ilustre mestizo, para no volver nunca allí ni al Perú, se quejó amargamente de que su ciudad tratara mal a los nacidos en ella y agasajara a los forasteros. En su artículo

El oro de América y el Inca Garcilaso de la Vega, aparecido en *El Comercio* de Lima el 16 de abril de 1939, Julián Santisteban Ochoa escribió, por ejemplo, que Garcilaso salió por Carmenca o la cuesta de Santa Ana, “y es tradición popular —añadió— que volviéndose por la postrera vez hacia la sagrada ciudad de sus mayores, a guisa de despedida, exclamó: “Adiós, oh Cuzco, madrastra de tus hijos y madre de los ajenos”.

La anécdota era inverosímil; sobre todo porque el afecto que el Inca Garcilaso le demuestra al Cuzco es tan intenso, lo enaltece con tan vivos encomios, lo eleva de tal modo como protagonista de la historia imperial del Incario (“El Cuzco en su Imperio fue otra Roma en el suyo”), lo ve con tal primacía que los peregrinos que llegan al Cuzco tienen que colocar antes de entrar su piedra ritual en la “apacheta”, que es imposible que el Inca lo reproche con una frase tan desilusionada.

Fuera de que el sentido es muy distinto, la explicación literaria está en la repetición retórica de una frase surgida de la literatura y convertida a través de los años en una expresión de uso general. Era común entonces utilizar sentencias clásicas de la tradición grecolatina, medioeval o humanística, frases o imágenes felices de un poeta, conceptos ingeniosos de autores conocidos, que se recogían en antologías, unas veces impresas y otras sólo copiadas en cuadernos manuscritos. Era como la contrapartida erudita de las compilaciones de refranes o frases proverbiales, que en España tenían el celebrado antecedente de los *Refranes que dicen las viejas tras el fuego*, ordenados alfabéticamente por el Marqués de Santillana (deudo del Inca Garcilaso) o los *Refranes o proverbios en romance* del Comendador Hernán Núñez. El valor folklórico y la sabiduría popular de esas y otras colecciones paremiológicas tuvieron su equivalente, en el campo erudito, en la sabiduría culta de obras como la *Philosophia vulgar* de Juan de Mal Lara,

los *Apotegmas* del cordobés Juan Rufo, las traducciones españolas de los *Apotegmas* de Plutarco, los *Proverbios* de Séneca, *Los notables dichos y hechos de romanos y griegos* de Valerio Máximo y otras colecciones de sentencias y epigramas, inspiradas en mucho en la resonancia que alcanzaron los *Adagios* de Erasmo. (El Inca Garcilaso, por ejemplo, tenía entre sus libros unas *Sentencias* de Cicerón, unos *Lugares comunes de Escritura*, unos no identificados *Epigramas* de Terencio).

De esta doble vertiente, de los refranes populares y los apotegmas cultos, hay numerosas huellas en la obra del Inca Garcilaso; el inventario de cuya biblioteca en su casa de Córdoba es, por lo demás, una prueba verdaderamente impresionante de sus muchas lecturas.

Así, en cuanto a proverbios, refranes y locuciones, pueden citarse entre otros: "No es tan fiero el león como lo pintan" (*Florida*, Libro II, 2a. parte, cap. 3); "Como gato por brasas" (*Comentarios Reales*, Libro IV, cap. 1); "Sin quedar mamante ni piante" (*Com.* Libro IV, cap. 3); "Cada uno dice de la feria como le va en ella" (*Com.* Libro IX, cap. 23); "Río vuelto, ganancias es de pescadores" (*Historia General del Perú*, Libro IV, cap. 42, Libro VI, cap. 13); "A muertos y a idos hay muy pocos amigos" (*Hist.* Libro V, cap. 9); recogidos también, con ligeras variantes, en colecciones como el nutrido *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* del Maestro Gonzalo Correas.

De referencias clásicas, "A los osados, como gente que lo merece, favorece la fortuna" (*Florida*, Libro II, 2a. parte, cap. 9.) es el repetido "Fortuna audaces juvat" latino; "No puede haber nobleza donde no hay virtud" (*Flo.* Libro II, cap. 30), reitera el "animus facit nobilem" del cordobés Séneca el Joven o, más aún, el "nobilitas sola est atque única virtus" de Juvenal (cuyas *Sátiras*, al parecer, poseía el Inca Garcilaso). "El reinar no sufre igual ni aun segundo" (*Hist.* Libro II, cap. 15) tiene antecedentes en dos hispano-

romanos, cordobeses, que conocía el Inca Garcilaso: el mismo Séneca en su tragedia *Agamenón* y sobre todo Lucano en su *Farsalia*. La frase del Evangelio: "Por sus frutos los conoceréis" (San Mateo, 7, 16), resurge en el Inca Garcilaso como: "Por el fruto se conoce el árbol" (*Hist. Libro I*, cap. 1). La dedicatoria a la Virgen María de la *Historia General del Perú*, Segunda parte de los *Comentarios Reales*: "calzada de Luna y de Sol vestida", recuerda sin duda a Petrarca como ha señalado José Durand ("Vergine bella, che di sol vestita", Canción 49); pero se halla más cerca, cronológicamente —como prueba, no de una lectura por el Inca, sino de una fórmula literaria tradicional— de la "doncella de sol vestida" de uno de los *Cantares y decires* del Marqués de Santillana y de la "Virgen del sol vestida ... que huellas con divinos pies la luna" de una de las canciones *A Nuestra Señora* de Fray Luis de León.

Reflejo más directo, porque no se refiere sólo a un gusto general y común por los tópicos sino a un juego formal preciso, es el que se encuentra en la oposición "madre-madrastra". Es un recurso estilístico que se encuadra en la extendida afición por las antítesis, por las contraposiciones, habitualísimas en la literatura de la época. Hay todo un repertorio de "topoi", o lugares comunes literarios, en que se contraponen tierra y cielo, paz y guerra, arte y naturaleza, armas y letras, juventud y vejez, burlas y veras.

La antítesis "madre-madrastra" puede leerse, por ejemplo, en una comedia y en una novela de Cervantes. "La guerra, así como es madrastra de los cobardes, es madre de los valientes" (*Persiles y Sigismunda*, Libro II);

Eres de su calidad,
según muestra la experiencia,
madre de la diligencia,
madrastra de ociosidad

(*La casa de los celos*, jornada I). Y aun cuando el Inca no leyera a Cervantes, es interesante recoger su frase del Prólogo a los indios, mestizos y criollos de la Segunda parte de los *Comentarios*: "ociosidad, madre de vicios, madrastra de la virtud".

Pero la queja por la ingratitud de la tierra nativa, o sea el "topos" del reproche filial, tiene otros ejemplos más concretos.

Así, Mateo Alemán, en su *Vida del Pícaro Guzmán de Alfarache*, que poseía Garcilaso, habla de la ciudad que "como madre verdadera (a los forasteros) los admite, agrega, regala y favorece, más que a sus propios hijos, a quien a su respeto podrán llamar madrastra". José F. Montesinos ha citado como muestra expresiva de ese lugar común (aun cuando posterior al Inca Garcilaso) un pasaje de Salas Barbadillo en *El curioso y sabio Alejandro*: "Madrid, patria común y madre universal de extranjeros, madrastra de sus propios hijos" (1634). Y si el Inca no menciona a Lope de Vega, ni aparecieron los libros de éste en el inventario levantado a la muerte del Inca Garcilaso en su casa de Córdoba, el ilustre cuzqueño pudo haber leído en la *Arcadia*, publicada en Madrid en 1598, estos versos del Fénix de los Ingenios ("Sólo una vez quisiera...", estrofa 7):

¡Ay dulce y cara España,
madrastra de tus hijos verdaderos,
y con piedad extraña
piadosa madre y huésped de extranjeros!

Más aún: la frase hecha se había difundido tanto, que en labios de los conquistadores españoles había dado el salto a América. Francisco de Terrazas, nacido en México y el primer poeta americano alabado por Cervantes en el encomiástico Canto de Calíope de *La Galatea* (1585), utiliza la imagen para aludir al cierto o supuesto desdén por los

criollos de la Nueva España. En la composición que recoge Méndez Plancarte en su colección de *Poetas novohispanos* de 1521 a 1621, se lee así de su tierra mexicana:

madrastra nos ha sido rigurosa
y dulce madre pía a los extraños.

Quiere decir que en la frase del Inca Garcilaso, tan frecuentemente citada, no puede verse más que un juego retórico y genérico y no una duda ni una queja concretas sobre la excelencia de su Cuzco nativo.

P A P E L E T A S L E X I C O G R A F I C A S

PALABRAS DE SIGNIFICADO POLITICO Y SOCIAL APROBADAS POR LA REAL ACADEMIA

Toda época trae una ampliación o una variación del vocabulario en lo referente a los usos, conceptos y sistemas de la vida pública y privada. Neologismos, nuevas acepciones, cambios semánticos, incorporación de extranjerismos, más numerosos conforme sean la intensidad o la velocidad de las transformaciones, dejan su huella significativa en el lenguaje y sirven después para apreciar mejor un momento histórico o un ámbito cultural determinados. En 1967, cuando se celebró el 80º aniversario de nuestra corporación, el representante especial de la Real Academia Española, don Rafael Lapesa, pronunció en nuestra Academia un brillante discurso sobre el tema: "Ideas y palabras: del vocabulario de la Ilustración al de los primeros liberales", que aclaró, por ejemplo, el expresivo paso del siglo XVIII al siglo XIX en España.

El Diccionario oficial de la Lengua Española tiene que reflejar esas variaciones. En la última edición (la décimovena), publicada en 1970, no se registran aún numerosas palabras y acepciones de uso hoy frecuente en España y América. De las enmiendas y adiciones aceptadas des-

pués, y que se incluirán en la próxima edición, hemos recogido las siguientes, relativas al ámbito político y social, con la fecha en que fueron aprobadas por la Real Academia:

administrar... (*Enmienda*) tr. Gobernar, ejercer la autoridad o el mando sobre un territorio y sobre las personas que lo habitan.//2. Dirigir una institución.//3. Ordenar, disponer, organizar, en especial la hacienda o bienes.//4. Hacer justicia, aplicar las leyes en los juicios civiles o criminales.//5. Desempeñar o ejercer un cargo, oficio o dignidad.— (Abril 1972).

alienación...//1 bis. Proceso mediante el cual el hombre o una colectividad transforman su conciencia hasta hacerla contradictoria con lo que debía esperarse de su condición.— (Marzo 1975)...//3. Estado de ánimo, individual o colectivo, en que el hombre se siente ajeno a su trabajo o a su vida auténtica.— (Abril 1975).

alienante. adj. Dícese de lo que produce alienación, transformación de la conciencia.— (Abril 1976).

apertura...//5. fig. Tendencia favorable a la comprensión de actitudes ideológicas, políticas, etc., distintas de las que uno sostiene, o a la colaboración con quienes las representan.— (Enero 1972).

argolla...//7. *Costa Rica y Perú, Camarilla*, grupo cerrado y homogéneo de personas que, por lo general subrepticamente, influyen sobre las autoridades o en determinado medio.— (Junio 1975).

bicameral. adj. Dícese del poder legislativo compuesto de dos cámaras, la de Diputados y la de Senadores.— (Mayo 1975).

bola...11 bis. *Perú*. Rumor falso, generalmente relacionado con asuntos políticos. U.m. en pl.— (Marzo 1976).

- bolada*...//3. Perú. Bola, rumor.— (Marzo 1976).
- caciquismo*...//2. Por ext., intromisión abusiva de una persona o una institución en determinados asuntos, valiéndose de autoridad, valimiento o influencia.— (Octubre 1976).
- capitulero,ra*. adj. Perú. Dícese de la persona electorera que busca votos y que forma grupos. U.t.c.s.— (Junio 1975).
- capturar*...//2. Aprender, apoderarse de alguien o de algo.— (Abril 1972).
- censista*. com. Funcionario que interviene en la confección de censos demográficos o electorales.— (Febrero 1971).
- centrista*. adj. Partidario de una política de centro. U.t.c.s.— (Junio 1976).
- centro*...//8 bis. Designa las tendencias o agrupaciones políticas cuya ideología es intermedia entre la de la derecha y la de la izquierda.— (Junio 1976).
- civismo*...//2. Celo y generosidad al servicio de los demás ciudadanos.— (Marzo 1974).
- clasista*. adj. Perteneciente o relativo a una clase social. //2. Que se inclina a favor de una determinada clase o grupo social.— (Diciembre 1973).
- coimear*. intr. Recibir coima o soborno.— (Marzo 1971).
- coimero,ra*. m. y f. Persona que recibe coima o soborno.— (Marzo 1971).
- comunitario,ria*. adj. Perteneciente o relativo a la comunidad.— (Mayo 1972).
- constituyente*...//2. (Enmienda). adj. Dícese de las Cortes, asambleas, convenciones, etc., convocadas para elaborar o reformar la Constitución del Estado. U.t.c.s.— (Enero 1973)...//3. Persona elegida como miembro de una asamblea constituyente.— (Febrero 1973).
- contestar*...//5. Oponerse, o protestar, adoptar una acti-

- tud contraria a posiciones ideológicas o formas de vida consagrada.— (Enero 1973).
- contestatario*. adj. Que polemiza, se opone o protesta, a veces violentamente, contra lo establecido. U.t.c.s.— (Junio 1978).
- convención*...//4. Amér. Reunión general de un partido político o de una agrupación de otro carácter, para fijar programas, elegir candidatos o resolver otros asuntos.— (Junio 1972).
- correligionario,ria*...//2. (Enmienda). Por ext., dicese del que tiene la misma opinión política que otro, especialmente si está inscrito en el mismo partido o sindicato. U.t.c.s.— (Mayo 1978).
- coyuntural*. adj. Circunstancial, ocasional.— (Mayo 1978).
- crisis*...//4. Por ext., situación dificultosa o complicada.— (Mayo 1973).
- culturización*. f. Acción y efecto de culturizar.— (Mayo 1973).
- culturizar*. tr. Civilizar, incluir en una cultura.— (Mayo 1973).
- dependencia*. (Enmienda). f. Subordinación a un poder mayor. //2. Relación de origen o conexión. //3. Sección o colectividad subordinada a un poder.— (Octubre 1971).
- derecha*...//2. (Enmienda). En las asambleas parlamentarias, los representantes de los partidos conservadores. //2 bis. Por ext., conjunto de personas que profesan ideas conservadoras.— (Febrero 1976).
- derechista*. (Enmienda). adj. Dicese de las personas, partidos, instituciones, etc., que comparten las ideas de la derecha política. U.t.c.s.— (Mayo 1976).
- diarquía*...//2. Autoridad dividida y ejercida simultáneamente entre dos personas, dos instituciones o dos poderes.— (Marzo 1976).
- dirigente*...//2. com. Persona que ejerce función o cargo

- directivos en una asociación, organismo o empresa.— (Marzo 1972).
- econometría*. f. Parte de la ciencia económica que aplica a la resolución de sus problemas la estadística matemática.— (Marzo 1971).
- ejecutivo va...*//5 bis. m. y f. Persona que forma parte de una comisión ejecutiva o que desempeña cargo directo en una empresa.— (Marzo 1972).
- encuestar*. tr. Someter a encuesta un asunto. //3. Intr. Hacer encuestas.— (Noviembre 1971).
- estamental*. adj. Perteneciente o relativo al estamento. //2. Estructurado u organizado en estamentos.— (Noviembre 1971).
- estamento...*//3. Estrato o sector de una sociedad, definido por un común estilo de vida o una formación social determinada.— (Mayo 1972).
- estrato...*//6. Capa o nivel de una sociedad.— (Abril 1972).
- fuerza...*// *fuerzas vivas...*//2. Personas o clases representativas de una ciudad, región, país, etc., por su autoridad o por su influencia social.— (Mayo 1972).
- funcionarismo*. m. Burocracia.— (Febrero 1971).
- hábitat...*//2. Conjunto local de condiciones geofísicas en que se desarrolla la vida de una especie o de una comunidad animal o vegetal.— (Abril 1972).
- huelga*. (Enmienda) ...//2. Cesación o paro en el trabajo de personas empleadas en el mismo oficio, hecho de común acuerdo con el fin de imponer ciertas condiciones o manifestar una protesta.— (Abril 1975).
- huelguista*. (Enmienda). com.— (Enero 1971).
- ideología...*//2. Conjunto de ideas fundamentales que caracterizan el pensamiento de una persona, colectividad, época, movimiento cultural, religioso, político, etc.— (Noviembre 1971).

infiltrar...// prnl. Introducirse en un partido, corporación, medio social, etc., con propósito de espionaje, propaganda o sabotaje.— (Abril 1975).

inconformismo. m. Actitud o tendencia del inconforme.— (Junio 1972).

inconformista. ad. Partidario del inconformismo.— (Junio 1972).

inmovilismo. m. Tendencia a mantener sin cambios una situación política, social, económica, ideológica, etc., establecida.— (Junio 1972).

inmovilista. adj. Partidario del inmovilismo U.t.c.s.— (Junio 1972).

izquierda...// (Enmienda) 2. En las asambleas parlamentarias, los representantes de los partidos no conservadores.— (Febrero 1971) .—//3. Por ext., conjunto de personas que postulan una evolución del sistema político y social en un sentido no conservador.— (Enero 1977).

jerarquía...//3. Cada uno de los núcleos o agrupaciones constituidos, en todo escalafón, por personas de saber o condiciones similares.— (Abril 1973).

laboralista. com. Especialista en derecho laboral.— (Octubre 1976).

macroeconomía. f. Estudio de los sistemas económicos de una nación, región, etc. como un conjunto, empleando magnitudes colectivas o globales como la renta nacional, las inversiones, exportaciones e importaciones, etc. U. en contraposición a *microeconomía*.— (Mayo 1971).

mandarinismo. m. Gobierno arbitrario.— (Febrero 1971).

manipular...//3. fig. Intervenir con medios hábiles, y con frecuencia arteros, en la política, en la sociedad, en el mercado, etc., para servir los intereses propios o ajenos.

marxismo. (Enmienda). m. Doctrina de Carlos Marx y sus secuaces, que se funda en la interpretación materialista de la dialéctica de Hegel aplicada al proceso histórico y económico de la humanidad, y es la base teórica del comunismo y algunas corrientes del socialismo. — (Abril 1976).

mercado...// negro. Tráfico clandestino de divisas monetarias o mercancías escasas o no autorizadas en el mercado, a precios superiores a los legales. — (Junio 1974).

microeconomía. f. Estudio de la economía en relación con acciones individuales de un comprador, de un fabricante, de una empresa, etc. U. en contraposición a *macroeconomía*. — (Mayo 1971).

monopolio...//4. Ejercicio exclusivo de una actividad, con el dominio o influencia consiguientes. — (Enero 1972).

oficialismo. m. Amér. conjunto de hombres en un gobierno. //2. Partido político que apoya al gobierno. — (Mayo 1978).

oficialista. adj. Amér. Dícese de la persona que es partidaria del oficialismo o perteneciente a él. U.t.c.s. — (Mayo 1978).

oligopolio. m. Econ. Aprovechamiento de alguna industria o comercio por reducido número de empresas. — (Enero 1972).

oposición...//5. Grupos o partidos que en un país se oponen a la política del Gobierno...//7. Por ext, se aplica a otros cuerpos deliberantes, o a las fracciones de la opinión pública adversas al poder establecido. — (Mayo 1976).

patria. (Enmienda). f. Tierra natal o adoptiva ordenada como nación, a la que se siente ligado el ser humano por vínculos jurídicos, históricos y afectivos. — (Enero 1977).

- patronato*...//4 bis Consejo formado por varias personas, que ejercen funciones rectoras, asesoras o de vigilancia en una fundación, en un instituto benéfico o docente, etc., para que cumpla debidamente sus fines.— (Noviembre 1976).
- pintada*. f. Acción de pintar en las paredes letreros de contenido político o social. //2. Conjunto de los letreros de dicho carácter que se han pintado en un determinado lugar.— (Diciembre 1976).
- plebiscito*...//3. (*Enmienda*). Consulta que los poderes públicos someten al voto popular directo para que apruebe o rechace una determinada propuesta sobre soberanía, ciudadanía, poderes excepcionales, etc.— (Enero 1977).
- pluralismo*. m. Sistema por el cual se acepta o reconoce la pluralidad de doctrinas o métodos en materia política, económica, etc.— (Junio 1975).
- pluriempleo*. m. Situación social caracterizada por el desempeño de varios cargos, empleos, oficios, etc. por la misma persona.— (Octubre 1975).
- política*...//2 bis. Actividad del ciudadano cuando interviene en los asuntos públicos con su opinión, su voto, o de cualquier otro modo.— (Marzo 1974).
- politizar*. tr. Dar orientación o contenido político a acciones, pensamientos, etc. que corrientemente no lo tienen.— (Abril 1975).
- presidente*... (*Enmienda*) //4. En los regímenes republicanos el jefe del Estado, normalmente elegido por un plazo fijo.— (Junio 1977).
- purga*...//3. fig. Depuración o eliminación de un funcionario por razones generalmente políticas.— (Octubre 1974).
- radicalizar*. tr. Hacer que alguien adopte una actitud radical. U.t.c. prnl.— (Marzo 1975).
- recesión*. f. Econ. Depresión de las actividades industria-

les y comerciales, generalmente pasajera, que tiene como síntomas el decrecimiento de la producción, el trabajo, los salarios, los beneficios, etc.—
(Noviembre 1975).

referéndum. m. Procedimiento jurídico por el que se someten al voto popular leyes o actos administrativos cuya ratificación por el pueblo se propone.—
(Enero 1977).

relacionista. com. Persona que cultiva o trabaja en relaciones públicas. //2. Experto en dichas relaciones.—
(Octubre 1976).

repartición...//2. *Amér. Negociado*, dependencia de la Administración pública.— (Marzo 1976).

revaluación. f. Acción y efecto de revaluar.—
(Enero 1976).

revaluar. tr. Volver a evaluar. //2. Elevar el valor de una moneda o de otra cosa; se opone a *devaluar*.—
(Enero 1976).

reversible...//4. (*Enmienda*). Dícese de la cosa o derecho que puede o debe volver a su antiguo dueño o a su causahabiente.— (Mayo 1972).

segregacionista. adj. Partidario de la segregación racial. U.t.c.s.— (Junio 1977).

sentada...//2. Acción de estar sentadas en el suelo un grupo de personas por un largo período de tiempo, normalmente en lugares donde dificultan el tránsito, con objeto de manifestar una protesta o apoyar una petición ante las autoridades.— (Diciembre 1976).

soberanía...//3 bis. Principio jurídico en virtud del cual cada nación tiene derecho a disponer de sí misma, tanto en su organización interna como en su política externa, sin injerencia de otra u otras naciones.

triunfalismo. m. Actitud real o supuesta de seguridad en sí mismo y superioridad respecto a los demás, fundada en sobrestimación de la propia valía o de los propios

hechos; optimismo exagerado procedente de tal sobrestimación. //2. Manifestación pomposa de esta actitud.— (Noviembre 1974).

triumfalista. adj. Perteneciente o relativo al triunfalismo. //2. Que practica el triunfalismo. U.t.c.s.— (Noviembre 1974).

unicameral. adj. Dícese del poder legislativo formado por una sola cámara de representantes.— (Mayo 1975).

vanguardia...//2. Avanzada de un grupo o movimiento ideológico, político, literario, artístico, etc.— (Febrero 1977).

vanguardista. adj. Perteneciente o relativo al vanguardismo. U.t.c.s. com.— (Marzo 1978).

INFORMACION ACADEMICA

Fallecimiento del Académico

Don Pedro M. Benvenuto Murrieta

El 1º de julio de 1978 falleció en Lima el eminente filólogo y Académico don Pedro Manuel Benvenuto Murrieta, quien desde 1967, por reelecciones sucesivas, desempeñó acertadamente el cargo de Tesorero de nuestra corporación. Su fallecimiento inesperado, después de una breve enfermedad, produjo hondo pesar en todos los círculos intelectuales del país. El Doctor Benvenuto gozaba de alto aprecio por la vastedad de su cultura, por su capacidad de investigador, por su tenaz labor en la docencia y por la gallardía y la firmeza de sus convicciones.

Nacido en Lima en 1913, su primera obra publicada fue su bellísimo libro de evocación limeña "Quince plazuelas, una alameda y un callejón". Libro de reconstrucción emocionada de una época de Lima, de 1884 a 1887, que él conoció por relatos orales, Benvenuto demostró allí su destreza narrativa y le agregó una sabrosa lista de voces peruanas no incorporadas a los vocabularios de peruanismos de "Juan de Arona" y de Ricardo Palma. Este interés lingüístico lo llevó poco después, en 1936, a su valiosa tesis "El lenguaje peruano", en la que estudió con aciertos notables

la aportación de las lenguas indígenas al español y las peculiaridades fonéticas, morfológicas y sintácticas y la justificación y la legitimidad de los peruanismos de expresión.

Su profundo nacionalismo y su arraigado sentido católico, sostenidos con decisión y valentía, lo convirtieron en un abanderado del pensamiento tradicional en el Perú. Su vocación de docencia lo llevó a regentar las cátedras de Literatura Peruana, Lingüística General y Filología en la Universidad Mayor de San Marcos y en la Universidad Católica; y en los últimos años fue Rector de la Universidad del Pacífico. Miembro activísimo de la Sociedad Peruana de Historia, fue también por un tiempo Director de Educación Artística y Extensión Cultural en el Ministerio de Educación.

Elegido miembro de número de la Academia Peruana de la Lengua, fue un constante colaborador de la Comisión Lexicográfica y su discurso de incorporación, en 1968, fue una brillante disertación sobre el tema: "Los problemas lingüísticos peruanos y nuestra Academia".

Por expresa voluntad suya, el día de su sepelio no hubo discursos en el Cementerio; y en homenaje a su memoria reproducimos en este Boletín el artículo necrológico que publicó el Secretario de nuestra corporación, Académico don José Jiménez Borja.

Celebración del Día del Idioma e incorporación del Académico Don José Tola Pasquel

Con motivo del Día del Idioma la Academia Peruana de la Lengua, como es tradicional, hizo oficiari en la iglesia de Santa Rosa de los Padres la acostumbrada Misa en sufragio de los académicos fallecidos.

En la noche del 21 de abril se celebró una sesión pública en el salón de actuaciones del Instituto Nacional de Cultura, en la que leyó su discurso de toma de posesión el Académico don José Tola Pasquel. El tema escogido por

el ilustre hombre de ciencia fue: "La Matemática: lenguaje, estética y significación". Respondió al recipiendario el Académico don Francisco Miró Quesada.

Ambos discursos se publican en este número de nuestro Boletín.

Cambio de sede del VIII Congreso de Academias

La Academia Peruana de la Lengua se ha visto precisada a declinar la organización del VIII Congreso de Academias de la Lengua Española, para el que la ciudad de Lima había sido elegida como sede por acuerdo del VII Congreso, efectuado en 1976 en Santiago de Chile.

Las razones que, muy a nuestro pesar, han obligado a esta declinación constan en los oficios cambiados entre nuestra Academia y el Ministro de Educación que reproducimos en seguida:

Lima, 20 de Mayo de 1978

Señor General Don
Otto Eléspuru Revoredo
Ministro de Educación
Ciudad.

Me es particularmente grato dirigirme a Ud., en nombre y por encargo de la Academia Peruana de la Lengua, para confirmar la conversación que el Tesorero de nuestra institución, don Pedro Benvenuto Murrieta, y el suscrito hemos tenido el agrado de sostener con Ud. el miércoles 10 en su despacho, con relación al próximo Congreso de la Asociación de Academias de la Lengua Española.

Como conoce Ud., señor Ministro, el 28 de julio de 1960 el representante diplomático del Perú suscribió en Bogotá el Convenio Multilateral de la Asociación de Aca-

demias, el que ha sido aprobado por Decreto-Ley N° 17768, de 12 de agosto de 1969. Según los Estatutos de la Asociación (artículo 4°), cada cuatro años deberá reunirse un Congreso, cuya sede se fijará sucesivamente de acuerdo con el orden de fundación de las Academias. En 1976 se reunió en Santiago el VII Congreso, organizado por la Academia Chilena (fundada en 1885); y en la última sesión se designó por unanimidad a Lima como sede del VIII Congreso, que debe efectuarse en 1980, y se encargó a nuestra Academia (establecida en 1887) la honrosa responsabilidad de organizarlo.

IV. Nuestros representantes en el VII Congreso, don José Jiménez Borja y don Augusto Tamayo Vargas, agradecieron y aceptaron esa designación, con la autorización que se sirvió darnos previamente el Ministerio de Educación, por oficio 1034 ME/OTDA, del 7 de setiembre de 1976. El Ministerio de Educación, con el mismo amplio espíritu y dentro de las disposiciones del Decreto Supremo 0006-76-RE, se dirigió al Ministerio de Relaciones Exteriores, por oficio N° 0713-ME/OTDA, solicitando la oficialización del Congreso y reiterando que “asumiría el compromiso que importa la realización”. Como consecuencia, la Resolución Suprema N° 0384, del 6 de julio de 1977, acordó “oficializar el VIII Congreso de la Asociación de Academias de la Lengua, que tendrá lugar en la ciudad de Lima, en 1980”.

Como hemos informado a ese Ministerio anteriormente, lo que es de práctica en estas reuniones es que la institución organizadora tome a su cargo el pago de lo siguiente: dos pasajes aéreos de ida y vuelta para cada Academia invitada (23 instituciones, incluídas la Real Academia, la Academia Filipina, la Secretaría Permanente de la Asociación y, eventualmente, la aún no incorporada Academia Norteamericana de la Lengua Española, o sea 46 pasajes); alojamiento en un hotel de primera categoría para los congresistas y —en caso de que vengan acompañados— para sus

esposas; labores de Secretaría (actas, multicopias de ponencias y resoluciones, relaciones públicas, etc.); atenciones sociales; y, en lo posible, espectáculos artísticos y folklóricos.

En nuestro oficio de 6 de agosto de 1976 calculábamos, con una cifra mínima y estricta, un gasto de tres y medio millones de soles, que equivalían entonces aproximadamente a \$ 60,000; pero con la nueva y acrecentada tasa de cambio, los aumentos de precios de las compañías de aviación y los hoteles (que reajustan constantemente sus tarifas según la cotización de la moneda norteamericana) esa suma tiene forzosamente que subir ahora a más de \$ 70,000; para lo que nuestra Academia —que carece de fondos propios— tiene que recurrir al subsidio extraordinario del Estado.

No es necesario reiterar la importancia indudable de esta reunión, que servirá para congregar en nuestra capital a brillantes representantes de los países de habla española en Literatura y en Lingüística. Durante el Congreso, Lima verá realzado su prestigio como centro cultural de singular resonancia en América. Pero precisamente para asegurar ese prestigio es necesario tener ya confirmada, mediante el compromiso final del Gobierno, la realización de ese certamen, para el que no faltan ya sino dos años.

Nuestra Academia conoce perfectamente la difícil situación económica actual y el propósito de austeridad del Gobierno, que compartimos ampliamente. Sabemos también que la anunciada convocatoria a Elecciones Generales en 1980 constituye una nueva y delicada circunstancia que es menester tener en cuenta. Pero la cercanía de las fechas nos obliga a solicitar la certidumbre de que se va a realizar en Lima el VIII Congreso de Academias, tanto por la responsabilidad del país y de nosotros mismos y por el grave desmedro que acarrearía una cancelación de última hora, cuanto por la necesidad de poner ya en marcha las medidas de organización indispensables.

Por eso —de acuerdo con la conversación que hemos

sostenido con Ud.—, nos permitimos presentar a la consideración de Ud., señor Ministro, la siguiente alternativa:

a) —Mantener en firme el compromiso, para lo cual requerimos desde ahora contar con la certeza del respaldo económico del Estado y, si es posible, la previsión de partidas presupuestales en los ejercicios de 1979 y 1980, para el convenio con las compañías de aviación y las entidades hoteleras y la oportuna iniciación de las labores de Secretaría; o

b) —Reiterar en principio nuestro propósito, pero pedir a la Asociación de Academias que, por las razones expuestas, nos sustituya otra Academia en la organización y la realización del Congreso de 1980, quedando nuestro derecho expedito y nuestra invitación vigente para que Lima sea sede de un Congreso posterior.

Ud., señor Ministro, comprenderá cuál es nuestro deseo. Pero cualquiera que sea su decisión le agradeceremos comunicárnosla a la brevedad que le sea posible, para informar a tiempo a las Academias Asociadas. La reducción de actividades en España durante el verano aconseja que la fecha límite para comunicar esa decisión a la Secretaría Permanente no sobrepase el 30 de junio.

Agradeciendo de antemano, en nombre de la Academia Peruana de la Lengua, su atención a esta solicitud, aprovecho la oportunidad para reiterarle las seguridades de mi mayor estima.

Aurelio Miró Quesada
Director

Lima, 10 Jul. 1978

Of. N° 968-ME/OSPE-DICOI

Señor Doctor

AURELIO MIRO QUESADA SOSA

Director de la Academia de la Lengua

Correspondiente de la Española

Me es grato dirigirme a usted en atención a su amable del 20 de mayo del presente relacionada con la celebración en Lima del VIII CONGRESO DE LA ASOCIACION DE ACADEMIAS DE LA LENGUA ESPAÑOLA.

Sobre el particular, si bien mi Despacho considera de trascendental importancia de llevar a cabo en Lima una reunión de esta naturaleza, y que existe un compromiso de antemano, cree conveniente, dadas las circunstancias de la estricta política de austeridad dictada por el Gobierno, de posponer dicho Congreso tal como ustedes muy atinadamente proponen como alternativa en su precitada nota.

Sin otro particular, hago propicia la oportunidad para reiterarle las expresiones de mi más alta y distinguida consideración.

Dios guarde a usted.

OTTO ELESURU REVOREDO

General de División EP.

Ministro de Educación

Felicitación al Académico Don Héctor Velarde

El 14 de mayo de este año celebró su 80º aniversario el Académico de Número don Héctor Velarde. Con este grato motivo le expresó su felicitación nuestro Director, don Aurelio Miró Quesada. Asimismo, en la Librería Studium se realizó un brillante acto de homenaje, en el que se hizo además la presentación de una nueva edición de la aplaudida y utilísima obra del Arquitecto Velarde: "Arquitectura Peruana".

Comisión Lexicográfica

La Comisión Lexicográfica de nuestra corporación ha continuado su labor de estudio y recopilación de peruanismos y de revisión de las voces y acepciones de uso peruano incorporadas, o que deben incorporarse, en el Diccionario oficial de la Lengua Española. Igualmente, ha cumplido con absolver las varias consultas presentadas por la Asociación de Academias de la Lengua Española, o por instituciones nacionales. A pedido del Banco Agrario del Perú se le ha proporcionado copia de los numerosos vocablos aprobados por la Real Academia después de la 19a. edición del Diccionario (1970).

Presentación del libro

"Historia y leyenda de Mariano Melgar"

El 27 de octubre se realizó en Madrid la presentación oficial del libro de nuestro Director, don Aurelio Miró Quesada, "Historia y leyenda de Mariano Melgar", publicado por la editorial Cultura Hispánica del Centro Iberoamericano de Cooperación.

Al hacerse la entrega de los primeros ejemplares pronunció unas palabras el Presidente del Centro Iberoamericano de Cooperación, Embajador José María Moro, y luego hizo una resumida exposición el autor, don Aurelio Miró Quesada.

El libro consta de los siguientes capítulos I— “En Arequipa, eterna primavera”; II— Años de infancia y juventud; III— Mariano Melgar estudiante en el Seminario; IV— Mariano Melgar maestro; V— “Poseer, si dable es, todas las ciencias”; VI— La Tertulia Literaria de Arequipa; VII— Melgar y “Silvia”; VIII— La ilusión de las Cortes de Cádiz; IX— El viaje a Lima; X— Melgar y la Revolución de 1814; XI— Mariano Melgar y el “yaraví”; XII— Imagen final.

Visita del Académico español don Julián Marías

Con motivo de la visita al Perú del Rey de España, Su Majestad Juan Carlos I, estuvo unos días en Lima el ilustre Académico español don Julián Marías, miembro de número de la Real Academia, catedrático universitario y Senador del Reino.

El Profesor Marías, que cuenta entre nosotros con numerosos admiradores y amigos personales, sustentó una importante serie de conferencias a invitación de diversos centros académicos y universitarios. El martes 21 de noviembre, a las 7 p.m., disertó en el Instituto Nacional de Cultura sobre el tema “La lengua española y la Filosofía”, en un acto patrocinado por la Academia Peruana de la Lengua y la Sociedad Peruana de Filosofía. A nombre de ambas instituciones presentó al orador el Doctor Francisco Miró Quesada C.

*Don Augusto Tamayo Vargas,
Profesor Emérito en San Marcos*

El Doctor Augusto Tamayo Vargas, miembro de la Academia Peruana de la Lengua, catedrático universitario, poeta, narrador y crítico literario, fue incorporado como Profesor Emérito de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. El Rector de la UNMSM, Dr. Gastón Pons Muzzo, le entregó tanto la insignia como el diploma que lo acreditan como tal en una ceremonia que contó con la presencia del ex-Presidente de la República don José Luis Bustamante y Rivero, escritores, catedráticos y Jefes de Programas Académicos. El discurso sobre la personalidad del nuevo Profesor Emérito fue pronunciado por el Dr. Francisco Bendejú, Profesor Principal del Departamento Académico de Humanidades.

El Dr. Tamayo Vargas, además de su cátedra en San Marcos, ha sido catedrático en la Universidad Femenina del Perú y en la Universidad Inca Garcilaso de la Vega y ha dictado cursos en Universidades del Brasil, Chile, Puerto Rico y los Estados Unidos de Norte América.

En su producción bibliográfica, que cuenta con más de 40 títulos, destaca su "Literatura Peruana", de la que se han hecho ya cuatro ediciones.

Los 100 años de don Vicente García de Diego

El 2 de diciembre celebró su 100º aniversario el ilustre Académico y lingüista español don Vicente García de Diego, Bibliotecario perpetuo de la Real Academia, quien desgraciadamente falleció pocos días después.

El profesor García de Diego, nacido en Vinuesa (Soria) el 2 de diciembre de 1878, en su tan larga y fecunda vida desarrolló una notable actividad intelectual, particular-

mente en la investigación de nuestra lengua. Son numerosos sus libros y artículos sobre la formación, la evolución y de modo muy especial la diversidad dialectal dentro de la unidad del castellano. Son muy agudas sus observaciones en cuanto a la variedad de las formas fonéticas y a su consideración del castellano como un complejo dialectal; todo ello sustentado en una recolección de datos verdaderamente impresionante.

Don Vicente García de Diego fue elegido miembro de número de la Real Academia en 1926, para suceder en el sillón "A" a don Adolfo Bonilla San Martín. Su discurso de incorporación versó sobre el tema "Problemas etimológicos" y fue respondido por el insigne maestro don Ramón Menéndez Pidal. Fue elegido Bibliotecario perpetuo en 1943 y desempeñó el cargo de Director accidental de 1965 a 1968, por la enfermedad de Menéndez Pidal.

I N D I C E

	Pág.
NOSTALGIA DE PEDRO MANUEL BENVENUTTO MURRIETA (1913-1978), por José Jiménez Borja	9
INCORPORACION DEL ACADEMICO DON JOSE TOLA PASQUEL: "La Matemática: lenguaje, estética y significación", por José Tola Pasquel	13
Discurso de respuesta de don Francisco Miró Quesada	39
CENTENARIO DE LA MUERTE DE DON MANUEL PARDO	45
UNA CARTA INEDITA DE DON RICARDO PALMA	49
UNA FRASE DEL INCA GARCILASO — CUZCO ¿MADRE O MADRASTRA?, por Aurelio Miró Quesada	53
PAPELETAS LEXICOGRAFICAS: Palabras de significado político y social aprobadas por la Real Academia	59
INFORMACION ACADEMICA	69
	81